



Pedro Cunill Grau - Ana Teresa Torres - Francisco Javier Pérez

Fundación
BANCARIBE 

Pedro Cunill Grau

“Los años de juventud de Andrés Bello coinciden con un mayor esplendor de Caracas, que cuatro años antes de su nacimiento había sido declarada capital de la integrada nación venezolana. A escala iberoamericana era una ciudad de empaque, con una población estimada en treinta mil habitantes, en donde se distinguía una cúpula social dinámica, animada cultural y políticamente.”

Ana Teresa Torres

“Por más que Teresa reivindica su ancestro caraqueño, y reconoce su alma como formada en las tradiciones coloniales, lo que llamaríamos hoy su estilo de vida no se avenía con las costumbres y códigos que destilaba la ciudad. La atmósfera claustrofóbica de Ifigenia, el sentimiento de que su vida estaba condenada a la casa, no es solamente un efecto de ser mujer.”

Francisco Javier Pérez

“Serán los desventurados días del terremoto del 29 de julio de 1967, la última de las grandes devastaciones humanas vividas en Caracas debida a movimientos de tierra (el deslave ocurrido en el estado Vargas, en 1999, fue otra cosa), y Meneses estará allí como hijo sufridor de la ciudad, cargando el temblor interior de una hemiplejía que sufrirá ese mismo año y que lo disminuirá ya para siempre.”

Tres caraqueños
en la historia y en las
Pietras

Pedro Cunill Grau - Ana Teresa Torres - Francisco Javier Pérez

Tres caraqueños en la historia y en las letras

Pedro Cunill Grau

Ana Teresa Torres

Francisco Javier Pérez

2007

Queda hecho el depósito de ley

Depósito legal: lf78320108004281

ISBN: 978-980-7125-03-1

Coordinación editorial:

Carlos Hernández Delfino

Corrección:

Hernán Carrera

Diseño y diagramación:

Equis Creadores de Imagen

Impresión:

Editorial Arte S.A.

Impreso en Venezuela

Fundación Bancaribe

para la Ciencia y la Cultura

2010

Índice

Saludo al lector	5
A manera de prólogo / Simón Alberto Consalvi	9
Andrés Bello en su devenir caraqueño / Pedro Cunill Grau	12
Teresa de la Parra, ilustre caraqueña / Ana Teresa Torres	60
Guillermo Meneses, el mejor de los caraqueños / Francisco Javier Pérez	70

Saludo al lector

Durante los primeros diecinueve días de noviembre de 2007, se llevó a cabo en Caracas un programa de actividades organizado por la Fundación Bancaribe, con el objeto de rendir homenaje a nuestra ciudad en su aniversario 440° y marcar el 53° aniversario de Bancaribe. Ese programa se desarrolló bajo la denominación *440 de Caracas* y tuvo lugar en la casona Anauco Arriba, una edificación que nos viene del siglo XVII, ubicada en el camino que entonces comunicaba a Caracas con el litoral, y que hoy nos regala un espacio para la apreciación de la arquitectura colonial y para encontrarnos con la historia y la cultura de la ciudad.

440 de Caracas fue una experiencia versátil, dirigida a una audiencia amplia, con intereses diversos, que mantuvo abiertas al público varias exposiciones: una de libros fundamentales dedicados a la ciudad; otra con las plumillas de Alfredo Cortina que ilustraron el libro *La Caracas que se nos fue*, adornada además con textos poéticos de Elizabeth Schön; una selección de fotografías de la “Corocoteca” del recordado Carlos Eduardo Misle (“Caremis”); y un homenaje a dos cronistas y hombres de letras que sintieron y amaron la ciudad como pocos: Enrique Bernardo Núñez y Guillermo Meneses. Un concierto inaugural dedicado a Caracas dio inicio a las actividades.

El programa, resumido aquí en orden cronológico inverso, dedicó un domingo a las familias de la comunidad, con el centro de atención puesto en los niños. La conferencia sobre gastronomía caraqueña, moderada por Félix Otamendi, y dictada por Armando Scannone y Germán Carrera Damas, fue un obsequio memorable, un momento de cercanía íntima con la ciudad a través de sus costumbres, tal como ellas se expresan en los platos que caracterizan lo típico caraqueño, sin que los conferencistas dejaran de lado artificios culinarios que despertaron la curiosidad de muchos. El recital de poesía o, diríamos, la poesía a Caracas, presentó visiones de la ciudad, de antaño y de hoy, extraídas de la obra de artistas de la palabra que han insertado la ciudad en sus más caros sentimientos. Blanca Strepponi, Belkys Arredondo Olivo, Yurúan García Rangel, Alfredo Herrera Salas y Edda Armas, moderadora de este foro y factor de fundamental apoyo para *440 de Caracas*, visitaron sus propias creaciones poéticas y recordaron a otros poetas de la ciudad. Fue presentado el libro *Miranda y las revoluciones*, de la Fundación Bancaribe, que reúne contribuciones de Inés Quintero, Simón A. Consalvi, Edgardo Mondolfi y Carlos Hernández Delfino; y fue anunciada la creación del Premio Bienal de Historia Rafael María Baralt, para jóvenes historiadores, como un estímulo directo al estudio e investigación de la historia de Venezuela. Este Premio reúne a la Academia Nacional de la Historia y a la Fundación Bancaribe, en una alianza que nos honra. El 1° de noviembre se celebró un foro dedicado a tres caraqueños que, en distintos momentos de la vida de la ciudad, le consagraron sus talentos y su pluma. Pero no fue sólo eso. Caracas siempre se anidó en la más pura esencia de sus afectos y estos se revelan en sus creaciones literarias, allí donde se perciben la querencia y la nostalgia. Este libro recoge las ponencias de ese foro.

El Dr. Pedro Cunill Grau, geógrafo, historiador, catedrático e individuo de número de las Academias de la Historia de Chile y Venezuela, llegó a nuestro país –para fortuna nuestra– desde la patria que adoptó Don Andrés Bello como suya. El Dr. Cunill dibuja al caraqueño

que siempre existió en Bello con la maestría de quien se ha compenetrado íntimamente con su vida y con su obra. Nos revela cómo en sus cartas y en su poesía, Bello reúne imágenes hermosas y nostálgicas de la ciudad y de la naturaleza que era parte de ella; cómo da vida a los planos de Caracas que estimulaban los recuerdos de sus momentos más felices, y cómo se muestran en su escritura las influencias ancestrales. Eso y más es parte de esta contribución que celebramos y apreciamos, y que se suma a los muchos aportes a la historiografía venezolana, indispensables en su totalidad, que hasta ahora acumula el Dr. Cunill Grau.

Ana Teresa Torres, psicóloga, historiadora y miembro de la Academia Venezolana de la Lengua, habla sobre la “caraqueñidad” de Teresa de la Parra y, desde esa perspectiva, brinda alivio a la inquietud colectiva de cuantos, al asomarnos a las páginas de la gran narradora de *Ifigenia*, y a la figura excepcional que en sí misma fue, nos hemos preguntado de manera casi espontánea cómo y por qué mantuvo ella siempre en la lejanía su esencia caraqueña. Y, más relevante aún, por qué siendo tan caraqueña vivió tan poco tiempo en la ciudad. Esta pieza de Ana Teresa Torres es una muestra más de la lucidez y penetración que reconocemos en su obra, y es con gran complacencia que la insertamos en estas páginas.

Francisco Javier Pérez, lexicógrafo, historiador de la lingüística, ensayista y docente, presenta a Guillermo Meneses desde la franca y definitiva condición de caraqueño, que está presente en su sentir y en su hacer. Se propone contribuir a saldar una deuda con este virtuoso de nuestra literatura, al advertir lo que su obra significa como aporte a las letras venezolanas. Y para hacerlo, centra su atención en un libro esencial, *Caracas en la novela venezolana*, que toma la ciudad como eje ordenador de las visiones que de ella se han formado narradores de distintas épocas y procedencias. Francisco Javier Pérez nos convoca a un reencuentro con Meneses que, con certeza, encontrará plena acogida en los lectores de su ensayo.

Finalizan estas líneas con una referencia ineludible a quienes aportaron con su esfuerzo una contribución fundamental a la realización de *440 de Caracas*. En cuenta de que esta síntesis es susceptible al riesgo de omisión, no podríamos dejar de mencionar a la Fundación del Estado para las Orquestas Juveniles e Infantiles de Venezuela (Fesnojiv), la Fundación Andrés Mata, Fundapatrimonio de la Alcaldía de Caracas, la Galería de Arte Nacional, Dennys Montoto, Edda Armas, William Niño, Ricardo Waale, los familiares de Alfredo Cortina y de Enrique Bernardo Nuñez y la generosidad de quienes cedieron en préstamo libros emblemáticos sobre la ciudad. A los autores de estas páginas, en particular, nuestra más sentida gratitud, que desde ya se extrapola a los lectores, a quienes va dedicado este aporte.

Carlos Hernández Delfino
Presidente
Fundación Bancaribe

A manera de prólogo

Tres personajes de la historia. Tres personajes de las letras. Tres personajes de Caracas. Este es el denominador común que enlaza al humanista del siglo XIX con los novelistas del siglo XX: caraqueños de la ciudad de los techos rojos. Una mujer y dos hombres. Andrés Bello vivió en Caracas hasta 1810, cuando fue enviado a Londres por la Junta Suprema con los jóvenes Simón Bolívar y Luis López Méndez a gestionar el apoyo de Gran Bretaña al movimiento de Independencia. Don Andrés no regresó, pero, no obstante, le cantó a la ciudad y nunca dejó de ser caraqueño, porque la nostalgia insistente lo mantuvo atado a sus orígenes.

Teresa de la Parra y Guillermo Meneses son los otros caraqueños de esta historia. Caracas está en sus novelas, un tiempo de la ciudad detenido en el tiempo. Entre ella y él la ciudad se fue transformando, cambiando, negándose y afirmándose. Dejó de ser la pequeña ciudad colonial para convertirse en metrópoli y asiento de gentes diversas. La Caracas de Teresa de la Parra no es la Caracas de Meneses, hay una gran distancia entre la señorita que escribía porque se fastidiaba y *El falso cuaderno de Narciso Espejo*, los caraqueños se han metamorfoseado. Son otros, pero en no pocos aspectos son los mismos.

La Fundación Bancaribe invitó a tres escritores contemporáneos a conversar sobre sus predecesores y sus relaciones con la ciudad. Pedro Cunill Grau disertó sobre Andrés Bello, Ana Teresa Torres evocó a Teresa de la Parra y Francisco Javier Pérez dibujó el perfil de Guillermo Meneses. Fue un encuentro memorable en el mejor ambiente posible, en la Casona de Anaaco, cargada de resonancias históricas.

Biógrafo de Bello y erudito como Bello, Pedro Cunill Grau recorre la vida caraqueña del gran humanista en los veintinueve años que vivió en la ciudad, antes de viajar para siempre. A pesar de su juventud, ya había escrito el *Resumen de la historia de Venezuela*, y varios capítulos del primer libro impreso en el país, el *Calendario manual y guía de forasteros en Venezuela para el año 1810*. Con sus ojos de geógrafo, Cunill Grau revisita el paisaje de aquellos años caraqueños de Bello, glosa la vida intelectual de la ciudad mientras fija su mirada en la obra del joven escritor y poeta en vísperas de dejar la ciudad para siempre. En suma, el caraqueño Bello de cerca y de lejos.

Ana Teresa Torres habló de Teresa de la Parra. Era la caraqueña que tenía una sensibilidad ambigua ante su ciudad, un amor condicionado por la gente que la habitaba. Una pequeña Caracas anclada en el tiempo de Guzmán Blanco. Los personajes de sus novelas eran caraqueños y ella lo era, sin duda. Pero las convenciones sociales, los prejuicios y los tabúes prevalecientes la alejaban de la escena. Viajera apasionada, moderna, independiente, desenfadada, a la autora de *Ifigenia* no le gustaba vivir en Caracas porque, como anota Ana Teresa Torres, “se sentía constreñida por los rígidos códigos morales de su contexto de clase”. Fue una de las caraqueñas más admiradas en el mundo.

Guillermo Meneses fue el caraqueño que disfrutó de la transición de la ciudad; se asomó apenas a la Caracas de la novelista de *Memorias de Mamá Blanca*, pero su ciudad se convirtió en la metrópoli un poco babélica de mediados del siglo XX, años 40 y 50, cuando los europeos aventados por la guerra buscaron refugio en el trópico. Según refirió Francisco Javier Pérez, el propio novelista escribió sobre *Caracas en la novela vengo-*

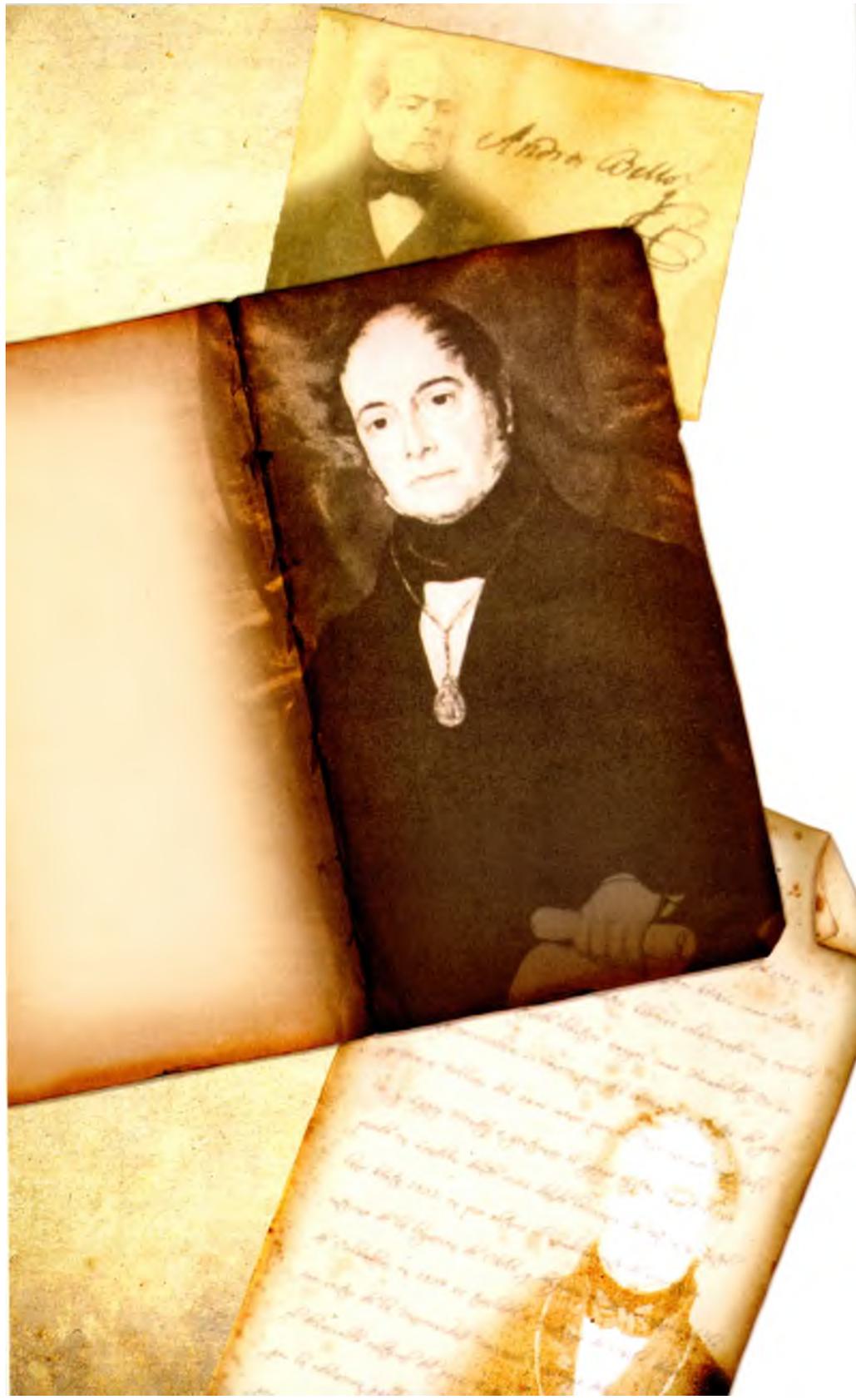
lana. Tratándose de un encuentro para hablar de Caracas y de quienes aquí nacieron o vivieron, el retrato de Francisco Javier lo dibuja como el “mejor de los caraqueños”.

El conferencista anotó con sutileza sobre Meneses: “Complacido por la pervivencia de lo cambiante, irá haciendo recuento de los símbolos de la ciudad borrados o transformados, enmascarados o con reflejos difusos. Convencido en los aciertos de la mirada literaria, piensa la ciudad desde la literatura, como si quisiera decir que es a los escritores a los que ella pertenece y que son los escritores los que mejor pueden ofrecer los rostros que ella solapa en sus ocultamientos y los que ofrecen las heridas que exhibe en cada una de sus depresiones. Confidencias de la psiquis lacerada de una ciudad solazada luctuosamente en sus pérdidas”.

No hay mejor manera de rendirle tributo a la ciudad que evocarla a través de sus grandes escritores, la mirada de cada uno, desde el primero que se fue para no volver, la segunda que prefería verla desde lejos, y el último, bien llamado “el mejor de los caraqueños”, porque también fue su cronista. En suma, tres escritores, tres tiempos caraqueños, tres visiones contemporáneas.

SIMÓN ALBERTO CONSALVI

Caracas, septiembre de 2010



Andrés Bello en su devenir caraqueño

Pedro Cunill Grau, Ph.D

Aunque Andrés Bello vivió sólo veintinueve años en Caracas –de 1781 a 1810–, quedó signado para siempre, en su larga existencia de ochenta y cuatro años, por su devenir de paisajes y gentes caraqueñas, permaneciendo en su intimidad más profunda sucesos y acaeceres de infancia, adolescencia y juventud, que se desarrollaron en esta capital. Aun en los momentos más excelsos de sus triunfos en el extranjero, Andrés Bello mantuvo la omnipresencia de los símbolos culturales, históricos y geográficos de su patria venezolana y de su capital nacional.

Es revelador que el 30 de abril de 1842, cuando está disfrutando de su rol de senador chileno y de respetado hombre público en la política, educación y letras del país austral, le agradece en hondas frases emotivas a su hermano Carlos Bello López la remesa de la *Historia antigua y moderna de Venezuela*, de Rafael María Baralt, junto con el *Atlas* de Agustín Codazzi. Especifica al geógrafo italiano, del cual Bello quedó impactado por el contenido de su aporte cartográfico, incorporándolo incluso a sus espacios hogareños más íntimos:

Abro el *Atlas*, y recorro el mapa; qué de recuerdos, qué de imágenes se agolpan a mi imaginación. De la vista de Caracas, sobre todo, no pueden saciarse mis ojos; y aunque busco en ellos

vanamente lo que no era posible que me trasladase el grabado, paso a lo menos algunos momentos de agradable ilusión. Me has hecho el más apreciable, el más exquisito presente. La vista de Caracas estará colgada en frente de mi cama, y será quizás, el último objeto que contemplan mis ojos cuando diga adiós a la tierra¹.

Lo cierto es que el conjunto de los recuerdos caraqueños en la obra epistolar de Andrés Bello se expresó en referencias directas, en sus palabras, "a la época más feliz de su vida", "a la mejor parte de su vida", "a la época dichosa que precedió a la revolución y la época dichosa de su juventud". Más aún, siempre mencionó los estudios y reviviscencias culturales que realizó en Caracas. En su lecho de muerte, cuando en estado febril experimentaba delirios tranquilos, se figuraba percibir en las paredes del cuarto y en las cortinas del alto baldaquín de su cama, versos de *La Iliada* y de *La Eneida*, memorizados desde su juventud caraqueña, mortificándose al no lograrlos descifrar por vislumbrarlos borrosos.

La condición de caraqueño de Andrés Bello es enfatizada en Venezuela cuando llegan a la capital venezolana ecos de la infausta noticia. Pedro Grases ha recogido en su *Antología del bellismo en Venezuela* escritos que revelan la reacción venezolana: "A su muerte, en 1865, se desbordó el dolor ante el gran compatriota definitivamente perdido y se asocian las alabanzas de Venezuela, a las que tributa el mundo hispánico. Es la expresión dolorosa por haberse ido un ser excepcional que pertenecía a la propia intimidad"². Ello está documentado en varios escritos en prosa y verso, editados en Caracas y otras ciudades principales del país. Entre ellos, los de Felipe Larrazábal, Julio Calcaño, Juan Vicente Mendible, Elías Calixto Pompa, Marco Antonio Saluzzo. De especial re-

1 Bello, 1981-1984: 76, t. XXVI.

2 Grases, 1981: 21, vol. 2.

levancia es la célebre *Meseniana* de Juan Vicente González dedicada a Andrés Bello, redactada el 24 de noviembre de 1865, cuando se supo en Caracas el fallecimiento del gran humanista. Es un canto fúnebre de lamentación por esta pérdida, reclamando con pasión una mayor solidaridad venezolana: “¿Con qué murió Bello, el que yo juzgaba no había de morir nunca, como el grande Elías? ¿Con qué el hijo de Caracas, su gloria imperecedera, el que redimía nuestro nombre, célebre por ignominiosas revueltas, duerme el último sueño? ¡Y Venezuela no viste de luto! ¡Y acentos lúgubres no despiertan en calles silenciosas el eco del dolor!”.

El encanto del paisaje natural caraqueño en el advenimiento de Bello

El paisaje natural caraqueño en tiempos de la niñez y adolescencia de Andrés Bello era atractivo y encantador por sus atributos de densa y odorífera flora y espejos de aguas claras y saludables. En las inmediaciones de su vivienda corrían los frescos raudales de la quebrada Catuche y a pocas cuadras se definían las verdeantes faldas de la sierra del Ávila. La altitud caraqueña en el barrio de La Merced, que frisaba los mil metros sobre el nivel del mar, posibilitaba temperaturas medias anuales inferiores a las actuales, debido a una mayor cobertura vegetal. En 1723, el ilustrado historiador y cronista José de Oviedo y Baños describía con fruición las amenidades físicas y climáticas del entorno caraqueño:

En un hermoso valle, tan fértil como alegre y tan ameno como deleitable, que de Poniente a Oriente se dilata por cuatro leguas de longitud, y poco más de media de latitud, en diez grados y medio de altura septentrional, al pie de unas altas sierras, que con distancia de cinco leguas la dividen del mar en el recinto que forman cuatro ríos, que porque no le faltase circunstancia para acreditarla paraíso, la cercan por todas partes, sin padecer

sustos de que la aneguen: tiene su situación la ciudad de Caracas en un temperamento tan del cielo, que sin competencia es el mejor de cuantos tiene la América, pues además de ser muy saludable, parece que lo escogió la primavera para su habitación continua, pues en igual templanza todo el año, ni el frío molesta, ni el calor enfada, ni los bochornos del estío fatigan, ni los rigores del invierno afligen: sus aguas son muchas, claras y delgadas, pues los cuatro ríos que la rodean, a competencia la ofrecen sus cristales, brindando al apetito en su regalo, pues sin reconocer violencias del verano, en el mayor rigor de la canícula mantienen sus frescuras, pasando en el diciembre a más que frías³.

La percepción de una eterna y fresca primavera caraqueña no cambió en el devenir dieciochesco, puesto que a principios de 1783, cuando Bello frisaba los dos años de edad, experimentados y refinados cortesanos franceses, avezados contertulios en los jardines de Versalles, quedaron asombrados ante el esplendor de la naturaleza caraqueña. Entre ellos, el príncipe de Broglie en su *Diario de viaje* afirmaba:

Esta ciudad, por su posición entre varias montañas, disfruta de una primavera perpetua. Todos sus alrededores son muy fértiles, bien cultivados y aspecto muy risueño. El río que la riega, alimenta al mismo tiempo a varios ingenios y a la vez pone la tierra a producir, a capricho del cultivador, las flores más perfumadas, la hierba más fresca y las frutas más deliciosas⁴.

A su vez, el conde de Segur no ceja ante este esplendor tropical de las medianas alturas caraqueñas:

3 Oviedo y Baños, 1992: 232.

4 Duarte, 1991: 287.

Este valle, defendido por altas montañas de los vientos ardientes del mediodía, está abierto al viento del Este que trae una dulce frescura. El termómetro rara vez sube a más de 24 grados y a menudo se le ve por debajo de 20. En este lugar encantador también se dan sin cesar las flores y los frutos. Aquí se recogen todas las producciones de la zona tórrida y se puede disfrutar de todas aquellas de las zonas templadas. A la orilla de los campos, donde nacen el añil, la caña de azúcar, el naranjo y el limonero, se hallan en algunos jardines, el trigo, perales y manzanos. La cañada está regada por un hermoso río limpio que hace que los prados estén siempre frescos y los árboles siempre verdes. Estos árboles están embellecidos por una multitud de colibríes que reflejan sobre sus bonitos plumajes todos los colores del arco iris. Se diría que son miles de flores brillantes que revolotean. Un buen número de casas elegantes están esparcidas o agrupadas en medio de estas praderas. Sus cercados, cuyo cultivo es cuidado, están rodeados de setos olorosos. Allí se respira un aire puro y embalsamado. Pareciera que la existencia toma allí una nueva actividad para hacernos disfrutar las más dulces sensaciones de la vida⁵.

Imágenes que a comienzos del siglo XIX, en plena juventud de Andrés Bello, fueron bien descritas por Alejandro de Humboldt y otros viajeros coetáneos.

⁵ *Ibíd.*: 318.

Fuerte raigambre en sus ancestros caraqueños. El papel de su madre

Andrés Bello nace el 29 de noviembre de 1781 en la ciudad de Caracas, siendo bautizado días después en la parroquia de Nuestra Señora de Altigracia. Fue hijo primogénito del matrimonio de Bartolomé de la Luz Bello, abogado de profesión y músico sacro de vocación, y de Ana Antonia López Delgado, quienes tuvieron posteriormente otros siete hijos, cuatro hembras y tres varones. Su padre en el año 1789 se trasladó a la ciudad de Cumaná para ejercer el modesto cargo de fiscal de la Real Hacienda y de la Renta de Tabaco, viviendo allí hasta su fallecimiento en julio de 1804. Los contactos con su hijo Andrés fueron esporádicos, aunque es probable que éste haya pasado allí algunas temporadas en su compañía. Cumplió cabalmente sus deberes de sostén del lejano hogar caraqueño, aunque tuvo escasa influencia en la formación de su hijo mayor.

En cambio, fue determinante el papel de doña Ana Antonia, quien tenía sólo diecisiete años al parir a Andrés. Provenía de una familia de destacados artistas, siendo su padre Juan Pedro López, el pintor más prolífico del siglo XVIII venezolano, valorizado, gracias a la labor pionera de Alfredo Boulton y del investigador Carlos F. Duarte, como el más notable maestro de pintor, escultor y dorador de su tiempo.

Se ha logrado localizar –por el académico Ildelfonso Leal– el expediente en que la madre de Bello solicita a las autoridades españolas una pensión por “vía de limosna”, por la mala situación en que había quedado la viuda con sus ocho hijos a raíz de la muerte del esposo. La exposición de motivos que acompaña a esa solicitud, fechada el 12 de septiembre de 1804 en Cumaná, está redactada de puño y letra de Andrés Bello⁶. No hay pruebas documentales de cuál fue la decisión de la corona.

⁶ Leal, 1979: pp. 421 - 440.

Lo cierto es que la joven viuda, con numerosa prole, debió afrontar tiempos difíciles. En este ambiente crucial para una familia considerada en la época como de “blancos de orilla” —es decir, gente modesta, honestamente trabajadora, sin abolengo aristocrático—, debieron estrecharse aún más las relaciones con su hijo mayor, al tener que laborar conjuntamente para sostener a la familia. Como resultado de una extensa labor bellista, el académico Rafael Caldera logró aprehender este legado maternal:

La buena madre le ayudó al desarrollo de la tendencia natural de su carácter: bondad sin debilidad; modestia, sin hipocresía; timidez en el trato social, pero fortaleza y constancia en sus labores y trabajos; y sobre todo, al de su tierna sensibilidad, tierna sin afeminamiento, depurada después de los duros e intensos dolores que habría de padecer⁷.

Andrés Bello jamás volvió a ver a su madre después de alejarse para cumplir, en 1810, su misión diplomática en Londres. Sin embargo, siempre le mantuvo emotiva correspondencia hasta su fallecimiento en Caracas en 1856, a los noventa y dos años de edad. En palabras de Miguel Luis Amunátegui leemos unos rasgos esenciales de su herencia genética: “Doña Ana Antonia López fue una excelente señora, que legó a su hijo los frecuentes dolores de cabeza y la longevidad”⁸. Entre otras, es reveladora la misiva de Andrés Bello a su sobrina Concha Rodríguez Bello, escrita desde Santiago de Chile el 27 de mayo de 1847. Allí Bello rompe con su tradicional estilo epistolar, caracterizado por cierta sequedad y contención, cediendo a las expansiones emotivas y hondos sentimientos propios del hijo, hermano y tío:

7 Caldera, 1981: 30.

8 Amunátegui, 1882: 3.

Lee estos renglones a mi adorada madre, dile que su memoria no se aparta jamás de mí, que no soy capaz de olvidarla y que no hay mañana ni noche que no la recuerde: que su nombre es una de las primeras palabras que pronuncie al despertarme y una de las últimas que salen de mis labios al acostarme, bendiciéndola tiernamente y rogando al cielo derrame sobre ella los consuelos que tanto necesita. Diles a mis hermanos que me amen siempre; que la seguridad de que así lo hacen es tan necesaria para mí como el aire que respiro⁹.

El connotado bellista Oscar Sambrano Urdaneta, en su prólogo sobre *El epistolario de Andrés Bello*, ha reiterado que no se limitó el ausente a estas manifestaciones de emotividad hacia su madre, pues no descuidó el envío de significativas sumas de dinero, que testimonian la preocupación y los esfuerzos de Bello por auxiliar a doña Ana Antonia y a su numerosa familia caraqueña. Venciendo las pésimas comunicaciones marítimas y terrestres de la época para la transferencia de valores, hizo llegar varios giros desde Londres, Santiago y Valparaíso. Sin embargo, a pesar de sus desvelos y manifestaciones de afecto, no dejó de existir una cierta angustia en lo íntimo de Andrés Bello, lo que se testimonió en la carta a su hermano Carlos Bello López desde Santiago de Chile el 30 de abril de 1853: "Tu carta (...) me ha hecho la impresión más viva. La pintura que en ella me ofreces del estado de salud de mi madre en tan avanzada edad me ha destrozado el alma. Mi conciencia me acusa de no haber hecho por ella todo lo que debiera y no puedo dejar de reconocer que sus sentimientos son demasiado justos"¹⁰.

Andrés Bello nació en la casa de su abuelo Juan Pedro López, y retozó en su infancia entre los materiales del taller de pintura, escultura y dorado que le daría renombre y lustre al lugar. Era una grande y modes-

9 Bello, 1984: 153, t. XXVI.

10 Bello, 1984: 273, t. XXVI.

ta edificación de tapias y rafas, cubierta de tejas, con patio y huerta de hermosos árboles donde predominaban granados y naranjos. Llegó a albergar veintiséis personas, a los que se agregaban ocasionalmente varios aprendices y oficiales que ayudaban al abuelo artista. El niño Andrés debió maravillarse al pasar ante sus ojos numerosos cuadros policromados, esculturas primorosas y dorados retablos. Se emplazaba en el barrio del Convento de Nuestra Señora de la Merced, detrás de él, en el callejón homónimo. Precisamente, en el norte del callejón de la Merced, en el ángulo suroeste de la esquina de Juan Pedro López, denominada así por el lustre y fama de la obra pictórica del propietario, conocida hoy como esquina de Luneta¹¹. Todo este conjunto quedó destruido, lo mismo que el templo y Convento de la Merced, por el terremoto del jueves santo de 1812.

Afectos de Bello a la hermosura de la naturaleza tropical caraqueña y venezolana

Los hondos afectos de Andrés Bello a la tropicalidad caraqueña se manifiestan continuamente en expresiones epistolares plenas de nostalgia desde los brumosos y fríos paisajes británicos y contrastados ámbitos otoñales e invernales del Chile central. Era una añoranza del encanto del tropical paraíso perdido, como lo refirió Enrique Bernardo Núñez, gran novelista y cronista de Caracas.

En carta desde Londres, el 14 de agosto de 1824, a Pedro Gual, ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, Andrés Bello expresa, con cierto fastidio del ambiente londinense, que echa de menos a cada paso aquel cielo, aquellos campos y placeres del tropical paisaje. Años más tarde, el 20 de agosto de 1829, a menos de dos meses de su llegada a Santiago, reitera a José Fernández Madrid, ante los rigores invernales

¹¹ Boulton, 1978: 29.

y la escasa cobertura vegetal estacional del valle central chileno, su sentimiento nostálgico de la tropicalidad:

Al fin hemos llegado a Santiago, después de una larga navegación en general feliz y agradable. El país hasta ahora me gusta, aunque lo encuentro algo inferior a su reputación, sobre todo, en cuanto a bellezas naturales. Echo de menos nuestra rica y pintoresca vegetación, nuestros variados cultivos, y aun algo de la civilización intelectual de Caracas en la época dichosa que precedió a la revolución; y quisiera echar de menos nuestros malos caminos y la falta de comodidades domésticas, mucho más necesarias aquí que en nuestros pueblos, porque el clima en el invierno es verdaderamente riguroso¹².

No es casual que los primeros poemas de Andrés Bello, que aparecen en la alborada del siglo XIX, configuren un fondo romántico basado en la naturaleza tropical en Venezuela, aunque con toques de erudición de la antigüedad clásica transplantada a estas latitudes americanas. Como poeta precoz expresó un alma sensitiva ante las corrientes fluviales y floras autóctonas. En el romance "El Anauco" se denotan sus sentimientos eglógicos, caracterizados por una exagerada visión idealizada de la sencilla quebrada, comparada con el Betis y el Ganges, poblada con pastores clásicos en ambientes olorosos de perfumes indianos. Son reveladoras las palabras introductorias del poeta Fernando Paz Castillo a los tomos de poesía de Andrés Bello:

El poema "El Anauco", si bien de sentimientos juveniles, responde al concepto que Bello tuvo siempre de la poesía. Contiene los elementos poéticos que aparecen en sus obras de

12 Bello, 1984: 6-7, t. XXVI.

madurez: compenetración con la naturaleza, amor al árbol, fina sensibilidad, gracia retórica propia del siglo XVIII, de donde procede su primera inspiración, sentimiento trágico de la vida en el campo venezolano, angustia por el porvenir de estas tierras; y sobre todo una inteligente manera de mezclar la mitología y nombres de contenido poético, con los humildes de nuestros ríos, árboles y campos¹³.

Andrés Bello, en estos versos de “El Anauco”, compuesto hacia 1800, alcanza una expresión valedera de un poema didáctico con un compromiso de constante divulgación al porvenir:

Tú, verde y apacible
 ribera del Anauco,
 para mí más alegre,
 que los bosques idalios
 y las vegas hermosas
 de la plácida Pafos,
 resonarás continuo
 con mis humildes cantos¹⁴.

La delicadeza de Andrés Bello ante la flora tropical le llevó asimismo a la evocación de enormes y bellos árboles emblemáticos, en especial el samán, como lo señaló el sacerdote jesuita Pedro P. Barnola en una admirable compilación sobre el samán de la Trinidad o samán de Bello: “...por haber sido sitio habitual, cercano a su casa, donde el joven humanista caraqueño a menudo gustaba de sentarse a leer bajo la sombrosa copa verde del samán y al frescor y arrullo del río Catuche, que

¹³ Paz Castillo, en Bello, 1981: XLVI-XLVII, t. I.

¹⁴ Bello, 1981: 5, t. I.

entonces corría límpido por aquel apacible y bucólico rincón urbano”¹⁵. Hacia 1806, Andrés Bello escribió un sencillo romance que intituló “A un samán”, donde evocaba este samán del Catuche, el cual había sido conformado en 1753 con un esqueje del samán de Güere:

Del puro Catuche al margen,
propicios los cielos quieran
que, más felice, no escuches
tristes lamentos de guerra;
antes, de alegres zagales
las canciones placenteras,
y cuando más sus suspiros
y sus celosas quereñas¹⁶.

En años posteriores, Andrés Bello hacía recuerdo de ello en carta en que mencionaba que “me he creído a la sombra del inolvidable samán”. Es de destacar que ambos poemas, “El Anauco” y “A un samán”, no presentan sólo una somera visión a la riente naturaleza venezolana, puesto que ambos están impregnados de tristeza. En palabras de Paz Castillo, estas evocaciones están saturadas de un romanticismo melancólico, lo que se marca décadas más tarde en su correspondencia terminal.

Andrés Bello no sólo disfrutó de Caracas y de sus entornos en los suburbios rurales del Ávila, del Guaire y sus vegas, de las riberas vivificadas por el río Anauco y las quebradas caraqueñas, sino también de Los Teques, Petare, la zona del Tuy, Aragua, la laguna de Tacarigua y la zona de Mariches.

15 Barnola, 1981: 7

16 *Ibíd.*: 33, t. I.

La nostalgia de las vivencias fraternales en los espacios íntimos caraqueños

La fuerza de los recuerdos de las vivencias con hermanos y amigos en los espacios de encuentro, de solaz y de recreación, se marca con intensidad en Andrés Bello, deteniéndose en los placeres de su sensibilidad ante espejos de agua de las quebradas caraqueñas, excepcional flora arbórea y parajes de las laderas del Ávila. Con los años esta nostalgia se va acrecentando, como lo señala en misiva desde Santiago de Chile, el 17 de febrero de 1846, a su hermano Carlos Bello, de la cual sólo se han conservado párrafos:

En mi vejez, repaso con un placer indecible todas las memorias de mi Patria (recuerdo los ríos, las quebradas y hasta los árboles que solía ver en aquella época feliz de mi vida). Cuantas veces fijo la vista en el plano de Caracas, creo pasearme otra vez por sus calles, buscando en ellas los edificios conocidos y preguntándoles por los amigos, los compañeros que ya no existen... ¡Daría la mitad de lo que me resta de vida por abrazatos, por ver de nuevo el Catuche, el Guaire, por arrodillarme sobre las losas que cubren los restos de tantas personas queridas! Tengo todavía presente la última mirada que di a Caracas desde el camino de La Guaira. ¿Quién me hubiera dicho que en efecto era la última?¹⁷

Esta evocación de los años de su juventud caraqueña rememora muy especialmente los juegos infantiles con su hermano en el patio y corral de la casa natal, con sus granados y naranjos, angustiándose ante su destino, lo mismo que los paisajes simbólicos de La Merced: “¡Cuántos preciosos recuerdos me sugiere este templo y sus cercanías, teatro de mi infancia, de mis primeros estudios, de mis primeras y más caras

17 Bello, 1984: 116-117, L. XXVI.

afecciones! Allí la casa en que nacimos y jugamos con su patio y corral, con sus granados y naranjos. Y ahora ¿qué es de todo esto?¹⁸.

Andrés Bello, en carta a su sobrina Concha Rodríguez Bello, fechada en Santiago el 27 de mayo de 1847, marca un cierto grado de desesperación ante la desilusión de un retorno al paisaje caraqueño familiar perdido:

Yo me transporto con mi imaginación a Caracas; os hablo, os abrazo; vuelvo luego en mí, me encuentro a millares de leguas del Catuche, del Guaire y del Anauco, y de Sabana Grande y de Chacao y de Petare. etc., etc. Todas estas imágenes fantásticas se disipan como el humo, y mis ojos se llenan de lágrimas. ¡Qué triste es estar tan lejos de tantos objetos queridos y tener que consolarse con ilusiones que duran un instante y dejan clavada una espina en el alma!¹⁹.

Más aún, el 14 de junio de 1853, en carta dirigida desde Santiago de Chile al diplomático y hombre público venezolano Lucio Pulido se observa una mayor desesperanza ante la cuasi certeza del no retorno al lar primigenio:

Por ahora no puedo hacer otra cosa que rogarle se haga el órgano de mis sentimientos de gratitud, respeto y cariño a mis compatriotas todos, a sus hombres públicos, a sus distinguidos literatos y poetas. ¡Que no pueda yo verificárselos, de viva voz! ¡Que no pueda pisar otra vez las riberas de Anauco y del Guaire, las faldas del Ávila, que se reproducen tantas veces en mi

18 *Ibíd.*

19 *Ibíd.*: 153-154.

memoria con un colorido que no han podido debilitar los años, cuarenta y tres años!²⁰.

A los 75 años de edad, el maduro Andrés Bello, abrumado por sus dolencias, en carta a su hermano Carlos Bello desde Santiago de Chile, el 30 de diciembre de 1856, traza con emotividad sus tristes sentimientos ante la imposibilidad de alcanzar el disfrute de sus vivencias fraternales y amigables en Caracas:

No puedes figurarte la melancolía que ahora más que nunca me atormenta por la distancia que me separa de vosotros. Caracas en mis pensamientos de todas horas; Caracas en mis ensueños. Anoche cabalmente soñaba hallarme en compañía de algunas personas queridas de aquella época dichosa de nuestra juventud. Si supieras con qué viveza me represento en mis ratos desocupados el Guaire, Catuche, Los Teques, el patio y corral y todos los pormenores de la casa en que tú y yo nacimos y jugamos y nos dimos de puñetes algunas veces; ¡aquellos granados, aquellos naranjos! Y ahora ¿qué es de todo eso?²¹.

El caraqueño Bello, pionero en la irrupción cafetalera

El ciudadano caraqueño Andrés Bello incursionó como pionero en la irrupción cafetalera que transformó el paisaje de las alturas medias caraqueñas a finales del siglo XVIII. Con toda objetividad describió este proceso en su obra *Calendario manual y guía universal de forasteros en Venezuela para el año 1810*: “El valle de Chacao fue el plantel general que proveyó a los ansiosos esfuerzos con que los labradores de toda la

20 Bello, 1984: 278, t. XXVI.

21 Bello, 1984: 346, t. XXVI.

provincia se dedicaron a este nuevo ramo de la agricultura. Bien pronto se vieron desmontadas, cultivadas y cubiertas de café todas las montañas y colinas que conservaban hasta entonces los primitivos caracteres de la creación²². Este proceso fue sumamente rápido y cambió los paisajes vírgenes en parajes cultivados con un intenso proceso de roturación: “La mano y la planta del hombre penetró y holló por la primera vez las inaccesibles alturas que circunvalan la capital de Venezuela, y así como los valles de Aragua se vieron cubiertos poco antes con el lozano verdor del añil, aparecieron simétricamente coronadas de café las cimas y las laderas que habitaban los tigres y las serpientes”²³.

Este proceso se expresa en un avance pionero de ocupantes de conucos y de ciudadanos caraqueños de ingresos bajos, lo que es explicitado por Andrés Bello en esta obra:

Los que hasta entonces no habían imaginado que pudiera haber otra propiedad útil que las de los valles o las orillas de los ríos, se vieron de repente con un terreno inmenso que cultivar con ventajas: redóblanse los esfuerzos de los labradores hacia tan precioso y rápido arbitrio de fortuna; la industria multiplica la prosperidad e inmediatamente se ven elevados a la clase de propietarios útiles los que no lo hubieran sido quizá sin la lisonjera perspectiva que presentaba a la provincia la introducción de este importante cultivo²⁴.

En este contexto el accionar de Andrés Bello derivó, como actividad complementaria, en la puesta en producción agrícola de ubérrimos paisajes en la Fila de Mariches, en la zona de influencia del municipio de Petare. Recordemos que sus años veinteañeros transcurren en

22 Bello, 1959: 139.

23 *Ibíd.*

24 Bello, 1959: 139.

la expansión del cultivo cafetalero en altitudes medias, marcándose importantes movimientos pioneros criollos de roturación de tierras.

Andrés Bello por propia iniciativa, junto con su madre y hermanos, fue uno de los muchos parceleros establecidos en los comienzos del siglo XIX en las inmediaciones de Petare, en terrenos que allí mantenían indígenas mariches, poseídos en forma común por la comunidad de naturales de Petare y hasta entonces yermos e incultivados. En julio de 1806 solicitaron a estos indígenas el arrendamiento perpetuo de quince fanegadas de tierra, equivalentes a unas diez hectáreas, en el sitio de El Helechal, denominado también El Gelechal, para formar una pequeña plantación de café, ofreciendo resarcir a los indígenas por los perjuicios que de ello pudieran resultar a sus sementeras. El cabildo de naturales del pueblo de Petare accedió a la petición y le fueron concedidas por el presidente gobernador y capitán general, aunque quedó acordado que era la última puesto "que respecto a que las tierras que les quedaban a los Naturales después de los arrendamientos hechos ya eran muy limitadas, se denegaban desde ahora a cualesquiera otro que se intentase"²⁵. El día 16 de diciembre de 1806, Andrés Bello tomó posesión de estas tierras, debidamente mensuradas, "en la que arrancó hierbas, cortó ramos, esparció tierra en señal de haber aprehendido judicialmente la tenencia y posesión del terreno"²⁶.

Es indudable que allí Andrés Bello habilitó una pequeña casa rural, visitada ocasionalmente por él, su madre y hermanos, y cultivó café de buena calidad. Ello lo recordaba aún a los ochenta y tres años de edad, en una carta del 24 de septiembre de 1864 a Antonio Leocadio Guzmán, al agradecerle el anterior envío de "un saco de café de la hacienda del Helechal, que durante años fue propiedad mía y de mis hermanos, y en

25 Pinto, 1979: 18.

26 *Ibid.*: 26.

la guerra de la independencia pasó a otros dueños”²⁷. En un borrador anterior de esta carta se observan menciones de honda añoranza de olores y vivencias: “Siempre que tomaba una taza de aquel exquisito café, me parecía que se renovaban en mí las impresiones y la perfumada atmósfera en que se produce, enlazadas con las pequeñas aventuras de la época más feliz de mi vida”²⁸.

El esplendor citadino de Caracas en la juventud de Andrés Bello

Los años de juventud de Andrés Bello coinciden con un mayor esplendor de Caracas, que cuatro años antes de su nacimiento había sido declarada capital de la integrada nación venezolana. A escala iberoamericana era una ciudad de empaque, con una población estimada en treinta mil habitantes, en donde se distinguía una cúpula social dinámica, animada cultural y políticamente. Los entretenimientos más habituales se expresaban en frecuentes tertulias familiares y de círculos de amigos, donde se discutían temas literarios y, con cierta liberalidad, los cambios que se definían en el ámbito metropolitano español, en la lejana Francia y en la independencia de los Estados Unidos. Quedó testimoniada la percepción de Bello ante esta atmósfera cultural caraqueña, cuando en 1829 evoca “...aún algo de la civilización intelectual de Caracas en la época dichosa que precedió a la revolución”²⁹. No es coincidencia que allí se fraguaran figuras de dimensión universal, encabezadas por Francisco de Miranda, Simón Rodríguez, Simón Bolívar. Visitantes europeos hacían referencia a sus habitantes, afables y cultos.

Eran momentos estelares del final del período colonial español, que se expresaban en cautivadores paisajes urbanos caraqueños, mucho más atractivos culturalmente que los de otras ciudades americanas situa-

27 Bello, 1984: 449, t. XXVI.

28 *Ibid.*

29 Bello, 1984: 7, t. XXVI.

das en la periferia geográfica continental e insular. Por ejemplo, opulentos centros portuarios norteamericanos, recientemente emancipados del poderío inglés, no tenían aún universidades. En cambio, en Caracas estaba consolidada la Real y Pontificia Universidad de Caracas.

A comienzos de la década de 1780 esta ciudad de Caracas presentaba adelantos urbanísticos y de omato público, que en gran parte fueron materializados por el gobernador Manuel González Torres de Navarra, durante cuyo mandato —entre 1782 y 1786— se logró la construcción de un teatro acorde con las inquietudes artísticas de los habitantes, la habilitación del Paseo de la Alameda, la instalación de seis grandes fuentes públicas, el empedrado y limpieza de las calles y la construcción del puente de Carlos III en el barrio de La Pastora³⁰. Junto con el incremento de las actividades de las artes, se mejoraron las funciones administrativas, eclesiásticas, comerciales y militares. Durante el mandato del gobernador Juan Guillelmi fue erigida en 1786 la Real Audiencia de Caracas, instalándose este máximo tribunal el 18 de julio de 1787, conjuntamente con el arribo del real sello.

En la memoria colectiva urbana se expresaban gratos recuerdos de los festejos caraqueños de diciembre de 1789 por la proclamación en España del rey Carlos IV, cuando se sucedieron las comidas de gala, bailes y música. Nuevas obras públicas se agregaron a la infraestructura caraqueña, destacándose el puente de Anauco y la Casa de Misericordia. Sin duda, Bello disfrutaba de estas amenidades, junto con los paseos recreacionales por umbrosos suburbios, reuniones amistosas después de la misa dominical, concurrencia a las procesiones santorales, de Semana Santa, y de las Octavas de Corpus, solemnizadas con diablitos danzantes y cohetes. Con los años aún recordaba sus caminatas y paseos campestres y sus baños en el Guaire y quebradas caraqueñas.

³⁰ Duarte, 1991. 36.

A los pocos años, en la alborada del siglo XIX, cuando la ciudad bordeaba los cuarenta mil habitantes, sorprendió el grato ambiente intelectual y artístico a exploradores y viajeros europeos de alta calificación científica y humanística. Por ello, es aventurado referirse a Caracas, en tiempos de Bello, como una monótona aldea sin mayor atractivo, sumida en la obscuridad. Por el contrario, era una ciudad considerada con amenidades culturales que hacían grata la calidad de vida en un excepcional ámbito geográfico natural, donde la geografía de la noche empezaba a ser vencida con un elemental alumbrado público. A los paisajes céntricos, recinto de las instituciones gubernamentales y educativas, se adosaban al norte barrios de interés como los de Altagracia y La Merced. Este último ya estaba estructurado en torno a la iglesia y convento de los religiosos de Nuestra Señora de las Mercedes, siendo un barrio mixto, donde se mezclaban las viviendas de criollos de altos recursos, que incluso habitaban *casas de alto*, con criollos de ingresos medios y bajos, y cantidad de hogares y talleres de habitantes pardos.

La formación de base de Bello en el ámbito educacional caraqueño

El ámbito educacional caraqueño, desde la primaria hasta la educación superior, logró expresarse en una sólida formación de base en el accionar de Andrés Bello. Se ha destacado que las estructuras firmes de su obra futura están en este período de vida en Caracas. En sentida carta a Pedro Gual, el 6 de enero de 1825, se refiere de manera especial a sus estudios en su devenir caraqueño: "He cultivado, como Ud. sabe, desde mi niñez las humanidades; puedo decir que poseo las matemáticas puras; y aunque por falta de medios he carecido del uso de instrumentos, he estudiado todo lo necesario para la descripción de planos y mapas. Tengo además conocimientos generales en otros ramos científicos³¹". Fueron

³¹ Bello, 1984: 144, t. XXV.

una constante, reconocida por todos sus contemporáneos, sus antiguos hábitos de estudio y laboriosidad, como lo enfatiza él mismo en esta misiva escrita en Londres: "...y los que me han conocido en Europa, saben que los conservo, y que se han vuelto en mí naturaleza"³².

La formación de base de Andrés Bello se inició tempranamente, a la edad de seis años, con las enseñanzas de las primeras letras en la escuela que, con el nombre de Academia, regentaba en Caracas don Ramón Vanlosten, donde fueron sus condiscípulos varios de los personajes que más tarde tuvieron papel protagónico en la emancipación venezolana. Fue una suerte la concurrencia de Bello a este establecimiento, puesto que escaseaban escuelas primarias de calidad, lo que se evidenció en el mismo año de 1787 por el Cabildo de la ciudad al plantear la necesidad de incrementar el número de escuelas donde se enseñaran las primeras letras, junto con la educación de los niños en las leyes de la mayor civilidad y buenas costumbres.

Enseñanzas más profundas las inició hacia 1792, que le fueron transmitidas, a pocos pasos de su casa, en torno a los claustros del Convento de la Merced, por el fraile mercedario Cristóbal de Queda, uno de los más prestigiosos latinistas existentes en esos años en Venezuela, de amplia y profunda cultura humanística. Con sus lecciones privadas y conversaciones coloquiales, entre 1792 y 1796 tuvo la honra de ser el maestro de latinidad y castellano de Andrés Bello, instruyéndolo tanto en los clásicos latinos como en los españoles. Años más tarde, en los mejores momentos de gloria, su discípulo destacó la profundidad de su papel educacional, como se le oyó contar a su biógrafo mayor:

Hacia sus lecciones simultáneamente extensivas a la gramática y a la literatura, a la letra y al espíritu. Semejante método tenía la ventaja de no fastidiar nunca al alumno, ameni-

32 *Ibíd.*

zando el estudio, y de mantener siempre despierta la curiosidad de éste, tratando sin cesar de cosas nuevas. El padre Quesada ejecutaba todo esto sin aparato, en una conversación familiar, pero animada, sin el pedantismo, y el estiramiento de un catedrático titulado. Una educación de esta especie se hallaba perfectamente calculada para despertar y fomentar las dotes intelectuales de un niño; cultivaba su juicio, más bien que su memoria; le acostumbraba a pensar; le obligaba a reflexionar, en vez de habituarle a retener lo que oía sin entenderlo, y repetirlo como papagayo³³.

Más adelante, este epígono bellista, Miguel Luis Amunátegui, insiste en “que las lecciones del padre Quesada anticiparon con toda probabilidad el perfeccionamiento de las potencias intelectuales de Bello, les dieron la dirección conveniente, y fortalecieron con la educación la obra de la naturaleza³⁴”.

Fue admirable la enseñanza de fray Cristóbal de Quesada a Andrés Bello en gramática y literatura, a través de la lectura de los clásicos latinos, preferentemente de la poesía de Horacio y Virgilio, y de los literatos y dramaturgos castellanos, en especial Cervantes, Calderón de la Barca, Lope de Vega y otros autores del antiguo teatro español. Fueron cuatro años de una admirable relación maestro-discípulo, que se interrumpió a comienzos de 1796, al fallecer fray Cristóbal, cuando estaba dirigiendo la traducción castellana del libro quinto de *La Eneida*, del poeta latino Virgilio, emprendida por Bello.

La honda formación religiosa familiar de Andrés Bello, supervisada por su tío materno fray Ambrosio López, religioso mercedario, se acrecentó con las enseñanzas de fray Cristóbal de Quesada y de los miem-

³³ Amunátegui, 1882: 10-11.

³⁴ *Ibíd.*

bros de la comunidad. En este ambiente, “recibió una honda formación religiosa, inmovible en medio de las corrientes que rodearon su vida, y su brújula en las investigaciones que supo realizar en el proceloso mar de los sistemas”³⁵. Ello se complementó cuando los religiosos mercedarios, observando su fervorosa inclinación a las lecturas latinas clásicas y obras piadosas, lo dejaban frecuentar la bien provista biblioteca conventual, ubicada en la segunda planta del edificio, sobre la sacristía, que estaba en esa época a cargo del padre Quesada:

“Allí pasaba horas interminables el joven Bello, nutriendo su saber en la abundante colección de libros allí existentes”³⁶.

La importancia de los lazos espirituales religiosos de Andrés Bello con la orden mercedaria quedó testimoniada cuando se le admitió como miembro cófrade: “Con el ritual de estilo recibió el escapulario con el escudo de la Orden, y fue acogido como Hermano de la Cofradía de Nuestra Señora de la Merced”³⁷. Décadas más tarde, en 1852, se publicaba en Santiago de Chile, en el *Manual del tercero mercedario*, una traducción de Andrés Bello al castellano del texto latino de una secuencia, himno eclesiástico en verso que se dice en ciertas misas después del gradual, intitulada “A la Virgen de las Mercedes”³⁸. Esta hermosa traducción, que culmina en oración jaculatoria a la orden mercedaria, a San Pedro Nolasco y a la Virgen de la Merced, es recuerdo y fruto de sus años de primera juventud en el citado Convento de la Merced, donde aprendió el latín.

El excelente nivel en latinidad alcanzado por Andrés Bello se comprobó cuando, debido a la muerte del padre Quesada, logró ins-

35 Caldera, 1981: 30.

36 Castillo Lara, 1979: 160.

37 *Ibíd.*: 163.

38 Bello, 1981: 338-339.

cribirse en septiembre de 1796 en el curso superior de latín, cuarta clase de latinidad, que en el caraqueño Seminario de Santa Rosa de Lima dictaba el presbítero doctor José Antonio Montenegro, latinista notable. Aquí ganó, en el mismo año, un premio escolar, al competir con sus compañeros de aula, para quien mejor tradujera algún autor latino de propiedad y que redujese al latín algún fragmento castellano. Hay que destacar que por esa fecha Andrés Bello tenía apenas 15 años de edad. Al año siguiente, en marzo de 1797, en la Capilla de Santa Rosa, en presencia del cuerpo de catedráticos, y numeroso público, Andrés Bello culminó su presentación a otro premio, estructurado por el presbítero José Antonio Montenegro para estimular el correcto aprendizaje del latín y del castellano, haciendo alarde de una vasta erudición que lo llevó a ser aclamado como uno de los ganadores, siendo gratificado con la obra intitulada *Latino instruido*³⁹. En este establecimiento pudo Andrés Bello concluir el curso trienal de latín en sólo un año, en 1797.

Una vez culminados sus estudios en el Seminario de Santa Rosa de Lima, bajo la tutela del presbítero Montenegro, Andrés Bello es admitido por la Real y Pontificia Universidad de Caracas en septiembre de 1797, para iniciar curso de estudios en filosofía conducente al grado de bachiller en Artes, que obtuvo en acto solemne realizado en la capilla universitaria el 14 de junio de 1800, con la presidencia rectoral del doctor José Vicente Machillanda. En su precisa cronología bellista, el académico Oscar Sambrano Urdaneta sintetiza con toda objetividad esta fase universitaria fundamental en su formación: "Aparte de la doctrina peripatética y de la escolástica, recibe enseñanzas de lógica, de aritmética, de álgebra y geometría como materiales de curso obligado antes de pasar al estudio de la física experimental. Se gradúa de bachiller en Artes tres años más tarde, y llega a ganar el premio mayor en la clase de física"⁴⁰.

39 Leal, 1979: 171.

40 Sambrano Urdaneta, 1986: 11.

En esta fase formativa universitaria en la consecución del bachillerato en Artes (filosofía), tuvo especial significación la maestría del presbítero Rafael Escalona Arguinzonis, quien con arte y destreza contribuyó a la sólida formación filosófica de Andrés Bello hasta octubre de 1799, designándose luego como profesor sustituto al doctor José Vicente Unda, con quien Bello concluyó el curso universitario de filosofía a mediados del año 1800. El presbítero Escalona era el titular de la cátedra de filosofía. Siendo uno de los hombres más cultos del pasado colonial, y espíritu progresista que compartía las ideas modernas de la Ilustración, difundió las ideas filosóficas de autores innovadores que había conocido a través de su profesor Baltasar de los Reyes Marrero, quien a partir de 1778 había iniciado en la universidad caraqueña la enseñanza de la filosofía racionalista de Locke, Condillac, Newton, Spinoza, entre otros pensadores⁴¹. En estudio reciente se precisa la importancia de este legado en el pensamiento de Andrés Bello, enfatizándose que entre estos filósofos tuvieron especial importancia John Locke y Etienne Bonnot de Condillac, a los cuales leyó, e incluso tradujo partes del *An Essay Concerning Human Understanding*, de Locke. En referencia a Condillac, demostró su conocimiento de las ideas centrales del filósofo francés al rendir sus exámenes de la tesis de grado, el 9 de mayo de 1800, con el tema de “sólo el análisis tiene eficacia para producir ideas claras y exactas”, que había sido presentado en 1780 por Condillac en el capítulo tercero de la primera parte de su *Logique*⁴².

Asimismo, el presbítero Escalona logró el interés de Andrés Bello en sus clases acerca del manual del clérigo Francois Jacquier, quien, aunque continuaba en los primeros tomos de su obra las enseñanzas escolásticas, concedía importancia en otros tomos al estudio de las ciencias experimentales, tratando libremente de aritmética, álgebra, geometría,

41 Leal, 1979: 173.

42 Jaksi, 2001: 35.

física, astronomía, geografía. Con toda seguridad, Escalona logró transmitir al joven Bello el interés del estudio de la física con textos del holandés Peter van Musschenbroek, del abate francés Jean Antoine Nollet y del italiano Lorenzo Altieri. Además, introdujo a Andrés Bello en el estudio de los principios matemáticos, a través de las obras de los españoles Tomás Vicente Tosca y Benito Bails, y de la química moderna con el tratado del francés Antoine Laurent de Lavoisier. Es indudable que las enseñanzas del presbítero Escalona contribuyeron a que Andrés Bello mantuviera en toda su vida un especial interés por los temas científicos y demostrara una gran vocación en su difusión al gran público.

Los estudios universitarios de Andrés Bello transcurrieron en tiempos de transición de la enseñanza superior. El trasfondo era dominado aún por la filosofía aristotélica y tomista, aunque ya se había iniciado la revisión del añejo escolasticismo e introducido innovaciones de pensadores europeos más avanzados, acompañadas con lecturas de textos científicos de la época. Esta situación involucionó más tarde, a partir de 1815, con el retorno de las enseñanzas escolásticas en forma rigurosa hasta 1821. Todo ello quedó muy marcado en el pensamiento de Bello, lo que se comprueba en su misiva a Pedro Gual, desde Londres, el 6 de enero de 1825:

Escribí tres meses ha una larga carta que espero haya tenido la fortuna de despertar en Ud. la memoria de un compatriota, hijo (si no me engaño) de la misma ciudad, criado a los pechos de la misma *alma parens*, quiero decir, de nuestra vieja Universidad y Seminario de Santa Rosa. ¿Y qué es de nuestra anciana y venerable nodriza? ¿Ha desechado ya enteramente el tontillo de la doctrina aristotélica-tomística, y consentido vestirse a la moderna? No dudo que sí, porque el impulso dado a las opiniones por la revolución, no ha podido ser favorable a las antiguallas con que se trataba de dar pábulo a la imaginación

más que al entendimiento de los americanos para divertirlos de otros objetos"⁴³.

Andrés Bello, con el bachillerato en Artes, se podía matricular en las facultades mayores universitarias en teología, derecho o medicina. Como medida excepcional, logró la dispensa del Claustro universitario para matricularse y seguir el primer año de medicina a partir del 29 de septiembre de 1799, aún antes de obtener el grado de bachiller en Artes. Lo cierto es que Bello no concluyó el primer año de medicina. Tal vez por carencia de vocación o por el escaso atractivo económico y social que la profesión médica tenía en aquella época⁴⁴. Según explicó Bello a su biógrafo Miguel Luis Amunátegui, se incorporó también al curso de derecho: "Se incorporó desde luego en el curso de derecho; y antes de que transcurriera mucho tiempo, abarcó simultáneamente el de medicina, que seguía con más afición, que el primero"⁴⁵. Tampoco mostró interés en obtener título, debido a que el ejercicio profesional del derecho no le atraía. Por lo tanto, Andrés Bello cursó estudios en las disciplinas de medicina y derecho probablemente sólo entre septiembre de 1799 y noviembre de 1802, cuando pasa a ocupar un cargo como funcionario administrativo de la Capitanía General de Venezuela.

Andrés Bello, animado tertuliente y amenizador cultural caraqueño

En su devenir caraqueño, Andrés Bello se expresó con animada sensibilidad en la vida cultural de esta capital, realizando una tenaz labor autodidacta, instruyéndose por sí mismo en idiomas, teatro, y ampliando sus conocimientos en literatura y poesía. Fue proverbial su temprano do-

43 Bello, 1984: 142, t. XXV.

44 Leal, 1979: 181.

45 Amunátegui, 1882: 27.

minio de la lengua latina. Para 1797 ya había aprendido a leer francés, inducido por Luis Ustáriz, quien le obsequió una gramática gala, a lo que sumó prácticas en el dominio de la pronunciación que le señalaba Pedro Blandín, médico cirujano y farmacéutico francés residenciado en Caracas y padre de Bartolomé Blandín, propietario de una hacienda cafetalera en los suburbios caraqueños de Chacao. Bello se entregó con entusiasmo a la lectura de libros franceses, entre ellos los de Racine y Voltaire. Incluso tradujo al castellano, en 1806, la *Zulime*, tragedia de Voltaire, que leyó en parte en ágape literario en presencia de Simón Bolívar. Hay que hacer anotar que en esa época este idioma no se enseñaba en ningún establecimiento público venezolano, por lo que era dominado por un limitado número de sus compatriotas.

En el temprano siglo XIX Bello ya había iniciado en forma espontánea, por esfuerzo propio, el estudio del idioma inglés, sin más auxilio que una gramática y la consulta de periódicos en ese idioma que llegaban frecuentemente a La Guaira y Puerto Cabello, vía Curazao, entonces dependencia británica. En el perfeccionamiento de esta lengua le ayudó su amistad con el canadiense-inglés John Robertson, teniente coronel, ayudante de campo y secretario de John Thomas Layard, gobernador inglés de Curazao. Después de una primera misión a Caracas en 1808, se inició una sólida amistad entre ambos. A su regreso a Curazao, John Robertson le escribió en 1809 varias cartas y suministró informaciones, numerosos periódicos y revistas, como ejemplares del *Political Register*, editado en Londres por el gran literato y periodista inglés William Cobbett, conociendo de esta manera Andrés Bello artículos y ensayos de quien era calificado por sus coetáneos como “el más osado y capaz escritor de Inglaterra desde los días de Junius”, y seis números de *L'Ambigu - ou Varietés litteraires et politiques. Recueil periodique*, revista en francés que publicaba en Londres desde 1802 el emigrado Jean Gabriel Peltier, siendo un órgano de propaganda antinapoleónica financiado discretamente por los ingleses, que fomentaban su distribución

en la América española. Aquí Bello encontró varios temas políticos y sociales de su interés, que difundía luego en sus tertulias caraqueñas, puesto que en esta revista se proporcionaba abundante información sobre la vida literaria, artística y teatral de París y Londres, además de notas sobre la actualidad política. El 2 de febrero de 1809, John Robertson exhortaba desde Curazao a Andrés Bello a continuar el estudio del inglés: “Creo que usted no tendrá dificultad alguna en aprender nuestra lengua con la ayuda de la Gramática de la que usted acusa recibo, tanto más cuanto usted ha hecho tan gran progreso. Es ciertamente una de las mejores gramáticas existentes, en particular por su organización y enfoque”⁴⁶. Periódicos y consultas a obras británicas en Caracas permitieron a Andrés Bello el conocimiento de esta lengua, que le permitió su irradiación y larga permanencia londinense.

Su admiración por las bellas artes francesas la expresó en 1808 al recibir la sociedad capitalina a la Compañía de Ópera Francesa del empresario Espenú. Ello emocionó a Andrés Bello, llevándolo a recitar en el Coliseo caraqueño un soneto intitulado “A una artista”, improvisando delante de la primera cantatriz francesa Juana Faucompré. Es una pieza delicada que nos revela una faceta poco conocida de la juventud impetuosa de Bello, rendido ante la belleza y el cantar de la *prima donna*:

Nunca más bella iluminó la aurora
de los montes el ápice eminente,
ni el aura suspiró más blandamente,
ni más rica esmaltó los campos Flora.
Cuanta riqueza y galas atesora,
hoy la Naturaleza hace patente,
tributando homenaje reverente
a la deidad que el corazón adora.

⁴⁶ Robertson, en Bello, 1984: 5, t. XXV.

¿Quién no escucha la célica armonía
que con alegre estrépito resuena
del abrasador sur al frío norte?
¡Oh Juana! Gritan todos a porfía;
jamás la Parca triste, de ira llena,
de tu preciosa vida el hilo corte⁴⁷.

Bello acrecentó espontáneamente su formación literaria al concurrir a amenas reuniones de selectos círculos sociales, como tertuliantes. En esos años se reconocían en Caracas algunas escogidas tertulias, reuniones de personas que se juntaban en forma periódica para discutir sobre algunas materias y conversar amigablemente sobre temas literarios, culturales, musicales, sociales, o para algún pasatiempo de salón. Muy tempranamente, hacia 1796, inició amistad con el mantuano José Ignacio Ustáriz, luego su condiscípulo universitario, quien le presentó a sus hermanos mayores, Luis y Francisco Javier Ustáriz, ambos poetas y promotores de una importante tertulia en su céntrica mansión caraqueña, comparable a los círculos y a las *soirées* o veladas francesas.

En el ambiente de esta tertulia, Luis Ustáriz, quien la precedía, se constituyó en mecenas de varios jóvenes caraqueños que se iniciaban en prosa o verso. En la tertulia de su casa se leían y consultaban las obras de escritores españoles y se juzgaban las composiciones venezolanas. A Andrés Bello se le prestaba especial consideración, admitido desde temprano en esta tertulia, granjeándose la especial estimación de Luis Ustáriz: "Esta asociación con los individuos más ilustrados de su país, aprovechó a Bello infinito, pues, junto con fomentar su afición al estudio, contribuyó a formar y depurar su gusto literario"⁴⁸. Entre los tertuliantes habituales a esta casa, además de Andrés Bello, destacaban

47 Bello, 1981: 34, t. I.

48 Amunátegui, 1882: 60.

Vicente Tejera, Domingo Navas Spínola, Miguel José Sanz, Simón Bolívar, Muñoz Tébar, Francisco Isnardy, Vicente Salías, José Domingo Díaz, Sata y Bussi, García de la Serna, José Ángel de Álamo, Montilla, Montenegro y tantos más⁴⁹.

En su mayoría estos nombres serán históricos, por su participación en la política del cambio cultural en la revolución de la emancipación. Don Fernando Paz Castillo, bellista de excepción por la fineza de sus interpretaciones de la obra poética del ilustre caraqueño, planteó la importancia de la tertulia y de los tertuliantes:

La tertulia de los hermanos Ustáriz tenía que ser su centro de juventud, de oposición al régimen universitario, de aspiración a la cultura universalista que Jovellanos y otros escritores habían introducido en la Península; en fin, de temprano despertar del alma venezolana a la ciencia y al arte contemporáneos, cuyo centro principal era Francia, donde la clásica tradición italiana, renacentista, y la ideología de los filósofos ingleses, bajo la influencia del racionalismo cartesiano creaban nuevas formas de pensamiento⁵⁰.

A ello se agregaban frutos literarios, poéticos y teatrales, que Andrés Bello lograba en su rol de amenizador cultural. Frecuentaba convites gastronómicos, donde se amenizaban los placeres de la mesa con lecturas literarias y comentarios de los comensales. Entre estos banquetes destacaban los que el capitán general y gobernador de Venezuela, Manuel Guevara, daba en especial los días domingo, con concurrencia de 25 a 30 personas. Ello obedecía, por parte del gobernante español, a una política del convite, donde en torno a una abundante y refinada mesa se

49 Grases, 1981: 22, vol. II.

50 Paz Castillo, en prólogo a Bello, 1981: p. XLI. T. I.

desplegaba una grata sociabilidad para atraer a connotados mantuanos, realizándose a la vez transacciones de orden político.

Fueron continuos los agasajos del gobernador Manuel Guevara a los miembros de la Expedición de la Vacuna durante el tiempo que permanecieron en Caracas, entre finales de marzo y comienzos de mayo de 1804, sucediéndose convites, distracciones, bailes, representaciones teatrales, serenatas. El gobernador, como anfitrión de los comisionados del Rey, los llevó a sus recepciones oficiales y convites, concediendo especial atención al médico alicantino Francisco Xavier de Balmis, jefe de la expedición. Entre los asistentes a dichas recepciones se contaba Andrés Bello, entonces joven funcionario al cual el gobernador le prestaba mucha consideración. Con todo entusiasmo, en uno de los convites del gobernador, en abril de 1804, leyó su poesía "A la vacuna", "Poema en acción de gracias al Rey de las Españas por la propagación de la vacuna en sus dominios, dedicado al señor don Manuel de Guevara Vasconcelos, presidente Gobernador y Capitán General de las Provincias de Venezuela", donde mencionó explícitamente a Balmis en los últimos versos:

Y a ti, Balmis, a ti que, abandonando
el clima patrio, vienes como genio
tutelar, de salud, sobre tus pasos,
una vital semilla difundiendo,
¿qué recompensa más preciosa y dulce
podemos darte? ¿Qué más digno premio
a tus nobles tareas que la tierna
aclamación de agradecidos pueblos
que a ti se precipitan? ¡Oh, cuál suena
en sus bocas tu nombre!...⁵¹

51 Bello, 1981: 15, t. I.

Esta oda fue aplaudida por los concurrentes al convite, estando presente el médico Balmis. A nuestra consideración, este es uno de los poemas más interesantes de la juventud de Bello, que demuestra en esa época una total adhesión a la monarquía española. A los pocos días ello se redobra cuando Andrés Bello compone una pequeña obra teatral intitulada *Venezuela consolada*, cuyo motivo central es la llegada al país de la vacuna antivariólica. Participan en ella tres personajes alegóricos: Venezuela, el Tiempo y Neptuno, y coros de nereidas y tritones, que reiteran su admiración al rey Carlos IV, lo que se refrenda en sus líneas finales, que debían ser repetidas al culminar la representación:

¡Viva el digno monarca que nos libra
de las viruelas! ¡Viva el cuarto Carlos!

Hombre, mujer, infante,
todo mortal que pise
estos confines, cante
a Carlos Bienhechor.

Publique Venezuela
que quien de nuestro clima
lanzó la atroz viruela,
fue su paterno amor⁵².

Esta breve obra fue representada en el Coliseo de Caracas en una función en honor de Balmis. De 1804, es la obra teatral más antigua escrita por un autor venezolano. Allí se expresan, en un estilo clásico, con ribetes de romanticismo, los sentimientos humanitarios bellistas y su optimismo ante los avances médico-sanitarios.

En otros convites y tertulias también leía Andrés Bello muestras de su propia autoría y traducciones escogidas. Según Miguel Luis

⁵² Bello, 1981: 26, t. I.

Amunátegui, “Don Andrés Bello leyó también dos traducciones de largo aliento en verso, a saber: el quinto libro de *La Eneida*, y la *Zulima*, tragedia de Voltaire, en dos de las suntuosas comidas con que Simón Bolívar, vuelto a Venezuela en 1807, después de dos viajes a Europa, solía obsequiar a sus amigos”⁵³. La primera gustó muchísimo, particularmente a su anfitrión. En cambio, Simón Bolívar no gustó de la *Zulima*, no porque la traducción fuera imperfecta, sino por su escaso valor intrínseco, reprochándole a Bello que debiera haber escogido otra obra más significativa de Voltaire. A su vez, Bello, aceptando la inferioridad de la obra, replicó que la elección se debía a que las otras tragedias de Voltaire ya estaban traducidas al castellano, mientras que la de ésta era al menos la primera traducción. En este ambiente tertuliano se revelan no sólo las habilidades lingüísticas del joven Bello, sino también su fuerte personalidad. Desgraciadamente, ambas traducciones están perdidas y no han sido localizadas hasta el presente.

El papel de animador cultural de Andrés Bello fue bien destacado por su biógrafo Miguel Luis Amunátegui: “Don Andrés Bello componía versos, no sólo tomándose el tiempo necesario para meditarlos y corregirlos, sino también de oportunidad, y sin preparación alguna”⁵⁴. A su vez, el polígrafo caraqueño Aristides Rojas transmitió muchos años más tarde recuerdos colectivos acerca de la presión social a la cual estaba sometido Andrés Bello para que improvisara en fiestas, banquetes o paseos. Esta labor de rescate de la memoria cultural del joven Bello se había iniciado a mediados de la década de 1840. Ello fue transmitido por su hijo Carlos Bello Boyland cuando, después de una visita a Caracas, le escribía a su padre desde Londres, el 15 de agosto de 1846, que Juan Vicente González recopilaba los testimonios más olvidados:

53 Amunátegui, 1882: 61.

54 *Ibid.*

Hay en Caracas un hombre muy original, de treinta y tantos años de edad, a quien llaman el literato monstruo. Llámase González, y en medio de un exterior brusco y poco pulido, tiene talento y un entusiasmo inaudito por V. y sus obras poéticas. A pesar de hallarse hoy engolfado en la política, no pierde oportunidad de recoger hasta aquellos versos que hacía V. para los nacimientos; tiene una colección muy prolija, ha seguido los pasos de V. y visita todas las personas con quienes V. tuvo alguna relación⁵⁵.

Esta labor de animación cultural de Bello se expresó en múltiples poesías, hoy perdidas; églogas; cantos de reyes, como "La infancia de Jesús"; versos para nacimientos, "y quién sabe que otros poemas habrán salido de la mente del poeta juvenil, de lo que no nos ha llegado el menor fragmento"⁵⁶.

Las funciones secretariales de Bello eran arduas y numerosas, fundamentalmente de orden administrativo: preparar informes de asuntos internos, mantener actualizados y ordenados los archivos del despacho secretarial del gobernador y traducir al castellano la frecuente correspondencia en inglés y francés de las autoridades de las Antillas Británicas y Antillas Francesas, junto con otras fuentes de información. Todo acompañado, en la primera década del siglo XIX, con asistencia a diversas reuniones con los círculos del poder gubernamental, eclesiástico y social caraqueño. En relación con estas delicadas funciones, Pedro Grases, en *Andrés Bello, humanista caraqueño*, ha precisado que "a partir de 1802, no se producirá ningún acontecimiento cultural y público en la Capitanía General hasta 1810 en donde no esté visible la mano y la presencia de Bello"⁵⁷.

⁵⁵ En Bello, 1984: 136, t. XXVI.

⁵⁶ Grases, 1981: 37, vol. II.

⁵⁷ *Ibid.*: 31.

Excursionista en los entornos caraqueños en compañía del fundador de la geografía moderna

En la formación de base de Bello tuvo gran importancia su contacto con figuras prominentes, destacando su relación amistosa con el sabio Alejandro de Humboldt, fundador de la geografía moderna, y su colaborador Aimé Bonpland, durante la residencia de éstos en Caracas entre noviembre de 1799 y febrero de 1800. Tuvo el privilegio de observar la labor científica de estos connotados naturalistas y el uso de modernos instrumentos para mediciones barométricas, climáticas y otras. Los acompañó en varias de las excursiones que hicieron por las inmediaciones de Caracas, y el 2 y 3 de enero de 1800 Andrés Bello formó parte del grupo de 16 jóvenes caraqueños que, junto con esclavos que llevaban el instrumental científico, acompañaron a Alejandro de Humboldt y a Aimé Bonpland en su ascensión a la cumbre de la Silla de Caracas, en la serranía del Ávila. Desgraciadamente, debido a la debilidad de su contextura física a los 18 años de edad, que se expresaba en catarros y frecuentes dolores de cabeza, no logró alcanzar esta cima, lo mismo que las otras personas que no tenían experiencia en ascender montañas y abandonaron la empresa. Sólo alcanzaron la cima Humboldt y Bonpland con los locuaces auxiliares afrodescendientes criollos. Sin embargo, Bello acompañó a Humboldt en otras excursiones y mantuvo estrechos lazos sociales con el sabio prusiano. En palabras del bellista Iván Jaksi, “resulta claro que, en lo personal, la relación con Humboldt fue altamente beneficiosa, y además pudo apreciar y aprender el arte de la conversación, en el que el científico alemán era un verdadero maestro. También el contacto con Humboldt lo inclinó al estudio de las ciencias naturales, que serían parte permanente de sus intereses”⁵⁸. Fue intensa la labor humboldtiana de Bello.

58 Jaksi, 2001: 37.

Está probado, por visita del historiador y hombre público chileno Benjamín Vicuña Mackenna a Alejandro de Humboldt en Berlín, en 1855, que éste mantenía recuerdos imborrables de Andrés Bello, a pesar de no haberlo visto por más de medio siglo. A su vez, Bello, dentro de su labor de difusión científica, comentó en innumerables ocasiones la obra del sabio, evidenciándose una honda afinidad entre ambos. En Londres, a partir de 1820, tradujo al castellano extensos capítulos del *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, que publicó en *El Censor Americano*, tarea que prosiguió asiduamente en *El Repertorio Americano* en 1826 y 1827, con seis versiones, entre las cuales se cuentan "Topografía de la Provincia de Cumaná", "Descripción del Orinoco desde San Fernando de Atabapo hasta la catarata de Atures", "Descripción del Orinoco entre la cascada de Guaharivos y la embocadura del Guaviare" y "Orografía americana, descripción de las cordilleras de la América Meridional", donde menciona la Silla de Caracas y la Serranía del Litoral de Venezuela. En la revista *El Repertorio Americano*, tomo segundo de enero de 1827, presentó muy positivamente el comentario bibliográfico de algunos tomos de la edición francesa del *Voyage*...

En cambio, en la misma revista, tomo tercero de abril de 1827, anota negativamente la poco afortunada primera traducción castellana, realizada en París en 1826, en cinco tomos, en la que se habían deslizado grandes errores debido al desconocimiento, por parte del traductor anónimo, del ámbito geográfico descrito por Humboldt:

Tiempo ha que se echa de menos una traducción del viaje de Humboldt y Bonpland, y nos dolemos de que no haya emprendido esta obra algún escritor dotado de las cualidades necesarias para su desempeño, que además del cabal conocimiento de los dos idiomas, requiere cierta familiaridad con el lenguaje técnico de las ciencias físicas, y nociones más que medianas de historia natural. Por falta de estos indispensables requisitos

está plagada de errores la traducción de que damos noticia, señalándose a menudo los objetos con denominaciones bárbaras e ininteligibles⁵⁹.

Traducciones exactas difundidas en amplios círculos euroamericanos y difusión de la obra científica humboldtiana forman un airoso conjunto de escritos bellistas en homenaje de respetuosa admiración al ilustre científico.

La proyección humanista de Bello desde su temprana raigambre cultural caraqueña

La proyección humanista de Bello se inicia en su período de existencia en Caracas. Sus estudios formales y sus ímpetus de auto formación con lecturas razonadas de buenos textos, se volcaron en tempranas obras públicas literarias que ya se difundían en los primeros años del siglo XIX.

Este valer humanístico de Bello fue testimoniado en la alborada del siglo XIX en la recomendación del secretario del Gobierno Pedro González Ortega, quien en el día 5 de noviembre de 1802 había hecho la proposición al gobernador y capitán general Manuel de Guevara de nombrar en primer lugar a Andrés Bello: "Para la plaza de Oficial Segundo. Propongo en primer lugar a Don Andrés Bello que ha seguido la carrera de estudios de esta Universidad, y se ha dedicado por su particular aplicación al de la bella literatura con tan ventajoso éxito que la opinión pública y de los inteligentes le recomiendan como un sujeto que tiene las cualidades necesarias para ser útil al real servicio en esta carrera y aún en cualquier otra que se le destinare"⁶⁰.

59 Bello, 1981: 275, t. XXIV.

60 Barnola, 1965: 12-13. El documento, depositado en el Archivo Nacional de Caracas, fue redescubierto y transcrito por el propio padre Pedro Pablo Barnola.

El perspicaz secretario González Ortega proporciona en este mismo documento una semblanza sobre las grandes cualidades de Andrés Bello como autor y traductor.

Don Andrés Bello particularmente ha hecho progresos tan ventajosos en las materias a que se ha aplicado, que me permitirá V.S. me lisonjee del acierto de su elección si se sirviere confirmar mi propuesta. He visto varias obras de su aplicación ya traducidas de autores clásicos y ya originalmente suyas, aunque de menos consideración, en que se reconoce un talento nada común, y unas ideas que reúnen a su extensión la circunstancia de un discernimiento ventajoso⁶¹.

El nombramiento le fue extendido al día siguiente por el gobernador Manuel Guevara Vasconcelos. Este documento prueba que ya antes de los veintinueve años de edad, Andrés Bello tenía un talento excepcional reconocido por sus coetáneos.

Más tarde, con la llegada en septiembre de 1808 de la imprenta a Caracas, propiedad de Matthew Gallagher y James Lamb, impresores británicos que estaban establecidos en Trinidad y que fueron llamados por las autoridades españolas, se logró publicar el 24 de octubre de 1808 el primer número de la *Gazeta de Caracas*, órgano oficioso del Gobierno, aunque de propiedad de los citados impresores. Andrés Bello recibió del gobernador Juan de Casas el encargo de ser el redactor principal de este semanario. Esta escogencia se fundamentó en dos razones básicas:

En primer lugar está su condición de escritor bien acreditado, su capacidad intelectual e integridad moral, su conocimiento, tanto del castellano como de otros idiomas mo-

61 *Ibíd.*: 14-15.

dernos, que le permitía traducir pulcramente las noticias y los comentarios o artículos que aparecían en periódicos escritos en inglés o en francés. En segundo término, contaba mucho el hecho de que él, como Oficial Segundo de la Secretaría de la Gobernación y Capitanía General, gozase de la plena confianza de las autoridades, que bien habían podido apreciar, al lado de sus dotes intelectuales y de sus vastos conocimientos, su natural discreto, ecuánime y comedido, que no excluía en modo alguno la firmeza⁶².

Sus responsabilidades incluían la traducción, selección y presentación de información periodística europea y americana, junto con la redacción de artículos menores propios. Prácticamente no había faceta del semanario en que no interviniera, desde redactar los importantes editoriales donde se exponían los lineamientos generales de la orientación del periódico, hasta crónicas, comentarios y noticias, además de buscar información en diversos círculos sociales, revisar los avisos y corregir las pruebas de imprenta. Aun con este farrago de tareas, logró desarrollar una continua línea editorial y de escogencia de informaciones foráneas. Aquí era básico el accionar de Bello: “Pero tal orientación era, en general, la del propio Bello, para quien entonces –como era el caso para muchos venezolanos– el amor a la tierra natal no excluía el sentirse parte de un mundo más vasto, el Imperio Español⁶³.

La orientación de la *Gazeta* no debió ser bien acogida por quienes aspiraban a la autonomía o la plena independencia del país. Sin embargo, todo parece indicar que Andrés Bello, como redactor, supo ganarse el respeto de unos y otros. Con habilidad llegó a ser considerado en los grupos que se enfrentaban en el tráfigo político, tanto por los jefes

62 Pérez Vila, 1979: 276.

63 Pérez Vila, 1979: 278.

realistas españoles como por los mantuanos criollos autonomistas o jun-
tistas. Lo cierto es que el paso por la *Gazeta*, como redactor, le propor-
cionó una notable experiencia periodística, que le sirvió de base para apli-
car en los periódicos que publicaría más adelante en Inglaterra (*Biblioteca
Americana* y *El Repertorio Americano*), y en Chile (*El Araucano*). Ponderó
y valorizó la significación del poder, utilidad e influjo de la prensa, en la
formación de la opinión pública.

En las postrimerías de 1809, Andrés Bello, junto con Francis-
co Isnardi, proyectó la publicación de una revista que denominarían *El
Lucero*, con contenido de artículos culturales, históricos, científicos, es-
tadísticos. Un ideal para desarrollar una equilibrada publicación perió-
dica de cultura y ciencias, donde se registrara la realidad venezolana.
Debería nacer bajo la protección del Real Consulado del Comercio de la
Capitanía General, que acordó una suscripción. Se malogró este intento
por resistencias del ambiente social caraqueño e inquietud política, que
dominaba ante otras motivaciones culturales en aquellos tensos meses.
Sólo se editó su *Prospecto*.

De gran relevancia fue el accionar de Andrés Bello como pro-
motor del legado histórico venezolano. En 1809 redactó su *Resumen de
la historia de Venezuela*, con destino a incorporarse al *Calendario manual
y guía de forasteros en Venezuela para el año de 1810⁶⁴*. Es el primer libro
impreso en Venezuela, aunque se alcanzaron a editar sólo las dos pri-
meras secciones. En una síntesis apretada se recoge en las primeras pá-
ginas, de la 11 a la 44 de la edición citada, el juicio de Bello sobre los
tres primeros siglos hispánicos del país, apoyándose en la *Historia de la
conquista y población de Venezuela*, de José de Oviedo y Baños, y otras
fuentes, como las obras de fray Pedro Simón y fray Antonio Caulín. Las
últimas páginas, de la 44 a la 55, corresponden a aportaciones propias de

64 Bello, 1981: 11-55, t. XXIII.

Bello, según lo ha expuesto Pedro Grases en la introducción a la edición de esta obra por La Casa de Bello:

Las ideas y el lenguaje cobran mayor altura y, desde luego ofrecen para nosotros el interés de hallarnos ante una redacción del joven Bello en su plena expresión propia. Hay fragmentos de gran fuerza poética, con notas e imágenes de clara inspiración, con observaciones basadas en la visión directa. La interpretación de los sucesos desde principios del siglo XVIII, tanto como la caracterización de la población son debidas a la reflexión personal de Bello. Evidentemente, registra hechos que acaso ha conocido por la tradición oral, pero no me cabe la menor duda acerca de que la mayor parte de los conceptos corresponde a vivencias propias del autor⁶⁵.

El *Resumen...* es la obra de quien cree en el alto destino reservado al país por la naturaleza. Ello lo estampó el 27 de octubre de 1809 en la *Gazeta de Caracas* al publicar el *Prospecto para una guía universal de forasteros*, en cuyas líneas iniciales se lee: "...la Provincia de Venezuela debe elevarse al rango que la naturaleza le destina en la América. Como parte integrante del Gobierno de la Metrópoli ocupa un lugar distinguido en su sistema político, y como uno de los más privilegiados territorios del Continente Americano debe tenerlo entre los pueblos cultos del Nuevo Mundo"⁶⁶. En sus ensayos, el gran escritor Mariano Picón Salas insiste en la visión optimista de Bello con su fe en la tierra venezolana.

65 Pedro Grases, Introducción, en Bello, Andrés, *Resumen de la historia de Venezuela*, Caracas: La Casa de Bello, p. 9.

66 Bello, 1981: 5, t. XXIII.

Colofón

Con anterioridad hemos desarrollado algunos de estos puntos del devenir caraqueño de Andrés Bello en nuestra obra sobre el prócer civil y gran humanista en la Biblioteca Biográfica Venezolana, agradeciendo dicha oportunidad a la Fundación Bancaribe y a la Editora El Nacional. Allí describimos, además, el accionar de Bello como funcionario epigonal en la Secretaría de la Capitanía General de Venezuela y como servidor confiable de la Junta Suprema de Caracas. Esta institución patriótica determinó enviar a Londres una comisión diplomática, compuesta por Simón Bolívar y Luis López Méndez, quienes el 5 de junio de 1810 se dirigieron formalmente a ella para solicitarle que se les incorporara Andrés Bello, que estaba nombrado como oficial primero de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en calidad de auxiliar y traductor de esta misión. Se accedió a la petición y los tres comisionados embarcaron en La Guaira, el 10 de junio del mismo año, en la corbeta británica *Wellington*. A los veintinueve años de edad, Andrés Bello se ausentó definitivamente de Venezuela.

Al cerrar esta conferencia espero haber comprobado una vez más que la formación multifacética de Bello, en su devenir por los paisajes naturales y ciudadanos caraqueños, aunando estudios, vivencias, lecturas y hechos de su vida familiar y amistosa, junto con la impronta de la geografía tropical y cultura de esta capital, le posibilitaron, con su constancia y tenacidad, futuros y amplios horizontes en Londres y Santiago de Chile. En lo íntimo, me conmueven sus palabras del 17 de septiembre de 1843, en el acto solemne de inauguración de la Universidad de Chile, al recordar críticamente su tiempo de Caracas, cuando con emoción afirma que las letras adornaron de celajes alegres la mañana de su vida, y conservaban todavía algunos matices al alma...

Apuntaciones bibliográficas de las notas

Alvarez O., Federico (1981). *El periodista Andrés Bello*. Caracas: La Casa de Bello.

Amunátegui, Miguel Luis (1882). *Vida de don Andrés Bello*. Santiago de Chile: Impreso por Pedro G. Ramírez.

Barnola, Pedro Pablo (1965). *Apropósitos*. Caracas: Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos. (Véase en especial la parte intitulada "El prestigioso joven Andrés Bello")

Barnola, Pedro P. (prólogo, compilación y notas) (1981). *El samán de la Trinidad o samán de Bello*. Caracas: La Casa de Bello.

Bello, Andrés (1981-1984). *Obras completas*. 26 tomos. Caracas: Fundación La Casa de Bello (segunda edición facsimilar).

Bello, Andrés (1959). *Calendario manual y guía universal de forasteros de Venezuela para el año 1810*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

Boulton, Alfredo (1978). *El solar caraqueño de Andrés Bello*. Caracas: La Casa de Bello.

Caldera, Rafael (1981). *Andrés Bello*. Caracas: Editorial Dimensiones. (Primera edición: 1935)

Castillo Lara, Lucas Guillermo (1979). "Nuevos elementos documentales sobre Fray Cristóbal de Quesada, maestro de Bello". En *Bello y Caracas*.

Primer Congreso del Bicentenario. Caracas: La Casa de Bello.

Cunill Grau, Pedro (2006). *Andrés Bello*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana / El Nacional / Bancaribe.

Duarte, Carlos F. (prólogo, investigación, traducción y notas) (1991). *Misión secreta en Puerto Cabello y viaje a Caracas en 1783*. Caracas: Fundación Pampero.

Duarte, Carlos F. (1996). *Juan Pedro López. Maestro de pintor, escultor y dorador. 1724-1787*. Caracas: Galería de Arte Nacional / Fundación Polar.

Fundación La Casa de Bello (1979). *Bello y Caracas. Primer Congreso del Bicentenario*. Caracas: La Casa de Bello.

Fundación La Casa de Bello (1979b). *Caracas en el epistolario de Bello*. (Palabras liminares de Oscar Sambrano Urdaneta). Caracas: La Casa de Bello.

Fundación La Casa de Bello (1979c). *Dos textos de Andrés Bello en la Junta Central de Vacuna. Caracas, 1807-1808*. Caracas: La Casa de Bello.

Grases, Pedro (1981). *Obras*, volúmenes 1 y 2: *Estudios sobre Andrés Bello*. Caracas-Barcelona-México: Editorial Seix Barral.

Grases, Pedro (1981b). "Andrés Bello, humanista caraqueño". En Pedro Grases, *Obras*, volumen 2. Caracas: Seix Barral. (Primera edición: Caracas: Cuadernos Lagoven, 1977)

Grases, Pedro (1998). "El paisaje de Venezuela: base del humanismo de Andrés Bello" (discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia). En Pedro Grases, *Obras*, volumen 20. Caracas-Barcelona-Mé-

xico: Editorial Seix Barral.

Jaksi A., Iván (2001). *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, Imagen de Chile.

Leal, Ildelfonso (1979). "Andrés Bello y la Universidad de Caracas". En *Bello y Caracas. Primer Congreso del Bicentenario*. Caracas: La Casa de Bello.

Oviedo y Baños, José de (1992). *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Picón Salas, Mariano (2004). *Andrés Bello y la Historia*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, Libro Breve.

Pérez Vila, Manuel (1979). "Andrés Bello y los comienzos de la imprenta en Venezuela". En *Bello y Caracas. Primer Congreso del Bicentenario*. Caracas: La Casa de Bello.

Pinto, Manuel (compilador) (1979). *El Helechal, posesión rural de los Bello*. Caracas: La Casa de Bello.

Sambrano Urdaneta, Oscar (1986). *Cronología de Andrés Bello. 1781-1865*. Caracas: La Casa de Bello.

Sambrano Urdaneta, Oscar (2005). *Verdades y mentiras sobre Andrés Bello*. Caracas: Casa Nacional de las Letras Andrés Bello (segunda edición, aumentada y corregida).



Teresa de la Parra, ilustre caraqueña

Ana Teresa Torres

La importancia de Teresa de la Parra en nuestras letras no necesita reafirmación, de modo, pues, que prefiero circular por los lados de su caraqueñidad, que es el tema principal de este foro y de todo este evento. Por el lado de su conformación subjetiva no hay manera de definirla sin pensar en ella como una mujer caraqueña. Por el lado de los hechos, de sus cuarenta y siete años de vida apenas pasó unos quince en Venezuela, y parece que le resultaron suficientes. Cuando se instaló en Europa, volvió una sola vez, hacia 1924, para arreglar los líos de la herencia que le había legado Emilia Ibarra de Barrios, y años después rechazó firmemente la propuesta que le hacían su madre y hermanas para que regresara a temperar en Los Teques, lugar recomendado para los enfermos del pulmón. Aceptó los inconvenientes económicos que se le presentaban para pagar los costosos sanatorios suizos, y finalmente morir en España, donde transcurrió su educación formal. Su reconocimiento como escritora venezolana no estuvo exento de objeciones. Cuando en 1923 participó en un concurso de cuentos convocado por el diario *El Luchador*, de Ciudad Bolívar, el jurado argumentó que el cuento “carecía de las condiciones que se estimaban características de una obra venezolana”. El cuento se titulaba “La mamá X” y era un primer borrador de lo que luego sería *Ifigenia*. Para subsanar este atropello contra la evidente calidad

literaria del texto, recurrieron a crear un Premio Especial Extraordinario¹. Este apelativo de “extranjerizante” persiguió su obra durante un tiempo bastante más largo de lo que comúnmente se piensa, y formó parte de la leyenda negra con la que en los años 60 se estigmatizó su obra por su vinculación con el gomecismo; así todavía hoy algunos afamados intelectuales la siguen presentando como una escritora que no sólo recibió favores de Juan Vicente Gómez, sino a la que no le gustaba vivir en su país. Quizá la propia Teresa comprendía o presagiaba esto y comete un error, un lapsus, o simplemente un acto deliberado cuando en su breve estampa autobiográfica comienza diciendo: “Nacida en Venezuela de una larga familia de seis hermanos, pasé casi toda mi primera infancia en una hacienda de caña de los alrededores de Caracas”². Aunque su biografía tiene algunas imprecisiones, pareciera que adelanta la fecha de su regreso después de culminados sus estudios de bachillerato en el Colegio del Sagrado Corazón de Valencia. Dice “regresé a los dieciocho años”, pero si la fecha para esta vuelta a la patria tuvo lugar en 1909 –año que da como más probable María Fernanda Palacios³–, ya había cumplido los veinte. No tiene mayor importancia la diferencia pero, al igual que el “error” en su lugar de nacimiento, son mínimos detalles que expresan un deseo de ser reconocida como alguien que, aunque viviera lejos, no era sino venezolana. No podía ser de otra manera, aunque, en realidad, más que venezolana era caraqueña.

¿Por qué, si era tan caraqueña, no quiso vivir en Caracas? Porque se sentía constreñida por los rígidos códigos morales de su contexto de clase, pudiéramos decir sin duda, pero Teresa fue una mujer más audaz de lo que se piensa. Hacia 1916 abandona la casa familiar y decide mudarse a la de los Barrios, más adelante pasa una larga temporada sola en Macuto, donde escribe su primera novela, y es obvio que esas decisiones no podían ser las más esperadas por la familia y la sociedad a las que per-

1 Díaz Sánchez, 1954: 35.

2 Carta a Carlos García Prada, París, 7 de mayo, 1931. En Parra, 1992: 106-107, vol. 2.

3 Palacios, 2005.

tenecía. Ignoramos cuáles fueron los argumentos que presentó para esas separaciones, pero han debido ser muy imaginativos. Cuando decide –e insisto en el verbo “decidir”– irse a París, lo justifica argumentando que hacía mucho tiempo que no veía a su hermana Isabel. Probablemente esa fue una buena excusa, pero insuficiente para explicar que pasara el resto de su vida en Europa. Contrario a la opinión común, Teresa no fue una gran viajera; la mayor parte de esos años estuvo residenciada en Francia o en algunos pueblos suízos, con alguna escapada a España y a Italia; fuera de eso, una temporada corta en La Habana y el viaje a Colombia para sus conferencias sobre la “Influencia de las mujeres en el alma americana”. Tampoco en su tiempo en París, como anota María Fernanda Palacios (2005), llevaba una vida dentro de los círculos intelectuales franceses. Sus relaciones tenían lugar dentro de las cortes diplomáticas latinoamericanas, y sus amistades eran venezolanos en París. Esa admiración, ese mito de la Ciudad Luz, la hace sin duda muy caraqueña. Se me ocurre pensar que le gustaba desde allí recordar a su país, y que prefería una suave nostalgia antes que verse aplastada por los venezolanos en Caracas. Su mirada obliga a la perspectiva, a ver su país desde afuera. Del mismo modo en que sus relatos de la vida en la hacienda, en *Memorias de Mama Blanca*, se escriben desde la distancia del que pertenece y al mismo tiempo es un extraño, su relación con Caracas es siempre dual. “Ser latinoamericano –dice Octavio Paz⁴– es un saberse –como recuerdo o como nostalgia, como esperanza o como condenación– de esta tierra y de otra tierra”. No en vano María Eugenia Alonso exclama: “¡Ay, qué triste es llegar a cualquier sitio!”.

No hay, en las descripciones teresianas de lo que fue su infancia en Tazón, la desesperación que podemos leer en la novela *Tierra talada* (1937) de Ada Pérez Guevara o en los poemas de Enriqueta Arvelo Larriva. Ellas sí se sabían pertenecer a esos llanos, ciegos o pobres, como los calificaron. Ellas sí sabían lo que era un destino de condenación para

4 Cit. en Palacios, 2003: 30.

unas mujeres que querían vivir la vida de otra manera, y finalmente lo lograron. Pero Teresa no sufre de esa condenación interiorana; ella es la hija de un caraqueño dueño de una hacienda, y lo que ve le resulta idílico o irónico, pero nunca el lugar donde transcurrirá su vida. No me refiero despectivamente a la condición interiorana, sino a que ese amor a la tierra y al paisaje es más bien propio de la venezolanidad; la caraqueñidad no se siente amarrada del espacio, porque Caracas es una ciudad fugaz en la que cada generación ha sido testigo de varias transformaciones. No existe una Caracas definitiva, no hay, por lo tanto, una nostalgia precisa; escribirla es más bien una necesidad de asegurarse de su presencia, y de que a pesar de los cambios de su rostro, mantiene su identidad a través del tiempo. Quizás su único emblema permanente sea el Ávila, y los caraqueños necesitan ver la montaña, o el mar, que es lo mismo, porque son habitantes de una ciudad cosmopolita, expansiva, claustrofóbica, que busca siempre una mirada más allá. Caracas, la ciudad que compartimos con Teresa, defendida del mundo por la montaña, es siempre una llamada a la curiosidad. Qué hay detrás del Ávila es la pregunta de cualquier caraqueño.

Pero volviendo a nuestra autora, ¿cómo definir su situación en Europa? ¿Era una emigrante, una exiliada, una turista? Para los caraqueños de su condición social, “París —dice María Fernanda Palacios⁵— era una costumbre”, como quizás hoy en día lo sea Nueva York, y podía vivir en Francia sintiéndose tan venezolana como la que más. En los sanatorios suizos sus amistades eran otros latinoamericanos, algunos de ellos venezolanos; sus vínculos más importantes fueron con un ecuatoriano y una cubana; su mejor amigo espiritual en los años de la enfermedad, un colombiano. No fueron europeas sus relaciones significativas, y me atrevo a imaginar que lo que amaba de Europa era el sentimiento de orden y tradición que persiste en sus paisajes y costumbres. Su visión de los europeos era tan distante e irónica como la que tenía frente a sus

⁵ Palacios, 2005.

paisanos. Ser una venezolana en Europa era su mejor modo de vivir la caraqueñidad.

Caracas –insisto–, por su movilidad, la permanente transmutación de sus espacios, siempre destruidos, renovados o utilizados de un modo diferente al concebido, se hace resistente a cualquier crónica descriptiva y fija. No es una ciudad que conserva la nostalgia de sus orígenes; es, por el contrario, la ciudad-proyecto por excelencia. La ciudad con nostalgia de futuro, de destino nunca del todo realizado, el símbolo de la modernidad del país, siempre por venir. Quizá la dimensión temporal de la novela sea el mejor ámbito para capturar su atmósfera. *Ifgenia, diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* (1924), por su riqueza literaria, ofrece muchas lecturas; una de ellas, sin duda, es la de incluirla como la novela de la ciudad que era entonces Caracas.

Miguel Gomes (2004) estudia a Teresa de la Parra en comparación con el novelista Manuel Díaz Rodríguez, encontrando numerosas coincidencias que le sugieren una importante influencia de *Ídolos rotos* (1901) y *Sangre patricia* (1902). Los protagonistas de Díaz Rodríguez son descritos: “como seres desarraigados, divididos entre su Caracas natal y un París que constituye la encarnación del ‘ideal’, sea artístico, sea ético”⁶. Al igual que Teresa, pueden burlarse de la pedantería parisina, pero más mordaces se muestran cuando deben enfrentar el provincianismo caraqueño. Otra similitud interesante que señala Gomes es una suerte de anti vuelta a la patria. La exaltación romántica perezbonaldiana de reencuentro con el paisaje se presenta aquí con escepticismo y decepción. Tanto los personajes de Díaz Rodríguez como María Eugenia Alonso –y otro tanto la María Antonia de Trina Larralde (*Guatavo*, 1938)– llegan de Europa y se deprimen ante la aldea que los espera; quisieran para su país las mismas oportunidades de un entorno al que no pertenecen pero admiran y, sobre todo, del que se sienten herederos culturales.

⁶ Gomes, 2004.

Por más que Teresa reivindica su ancestro caraqueño, y reconoce su alma como formada en las tradiciones coloniales, lo que llamaríamos hoy su estilo de vida no se avenía con las costumbres y códigos que destilaba la ciudad. La atmósfera claustrofóbica de *Ifigenia*, el sentimiento de que su vida estaba condenada a la casa, no es solamente un efecto de ser mujer. La condición femenina lo determina e intensifica, por supuesto, pero también lo sufren los héroes masculinos de Díaz Rodríguez. Probablemente el "fastidio" teresiano —como agudamente señala Gomes— sea la versión venezolana del *spleen* inglés que invade la literatura modernista. "Si algo comparten todos, eso es indudablemente la visión irónica, satírica y pesimista del espacio caraqueño, que tarde o temprano somete y devora al héroe que se le enfrenta"⁷.

Dice María Eugenia, aunque no tengo muchas dudas de que es la voz de la propia Teresa⁸:

...aquella ciudad chata... una especie de ciudad andaluza, de una Andalucía melancólica (...) una Andalucía soñolienta que se había adormecido bajo el bochorno de los trópicos...⁹.

Y más adelante insiste:

Como entre las luces parpadeantes evocase la ciudad chata (...) volví a sentir el horror de mi vida prisionera y aburrida¹⁰.

7 *Ibíd.*

8 Parra, 1982.

9 *Ibíd.*: 34.

10 *Ibíd.*: 71.

En su análisis comparativo, Gomes persiste en la similitud de reacción de María Eugenia Alonso y Alberto Soria una vez llegados a Caracas, y es la nostalgia como recurso defensivo ante la evidente desilusión.

¿Esto es el centro de Caracas?... ¡El centro de Caracas!... y entonces... ¿Qué se habían hecho las calles de mi infancia, aquellas calles tan anchas, tan largas, tan elegantes y tiradas a cordel? (...) Caracas, la del clima delicioso, la de los recuerdos suaves, la ciudad familiar, la ciudad íntima y lejana, resultaba ser aquella ciudad chata (...) Así juzgaba deprimida corriendo a toda prisa por las calles...¹¹.

Fácilmente esta cita podría sugerir una mirada eurocéntrica, que no se conforma con su realidad. Es, por el contrario, un rasgo esencial del intelectual latinoamericano, siempre ávido de representar al país, y siempre incómodo con su destino de pertenecer a una nación en permanente construcción. Detrás de su decepción, por el contrario, hay que leer el mismo desasosiego que nos causa a los caraqueños de hoy ser testigos de la ciudad erosionada, precisamente porque la amamos y no nos imaginamos sin ella. Teresa de la Parra nos dejó el mejor cuadro de la ciudad que conoció porque, adonde quiera que fuese, la llevaba adentro con su ternura y su fastidio.

Julio de 2007

¹¹ Ibid.: 34.

Notas bibliográficas

Díaz Sánchez, Ramón (1954). *Teresa de la Parra. (Clave para una interpretación)*. Caracas: Ediciones Garrido.

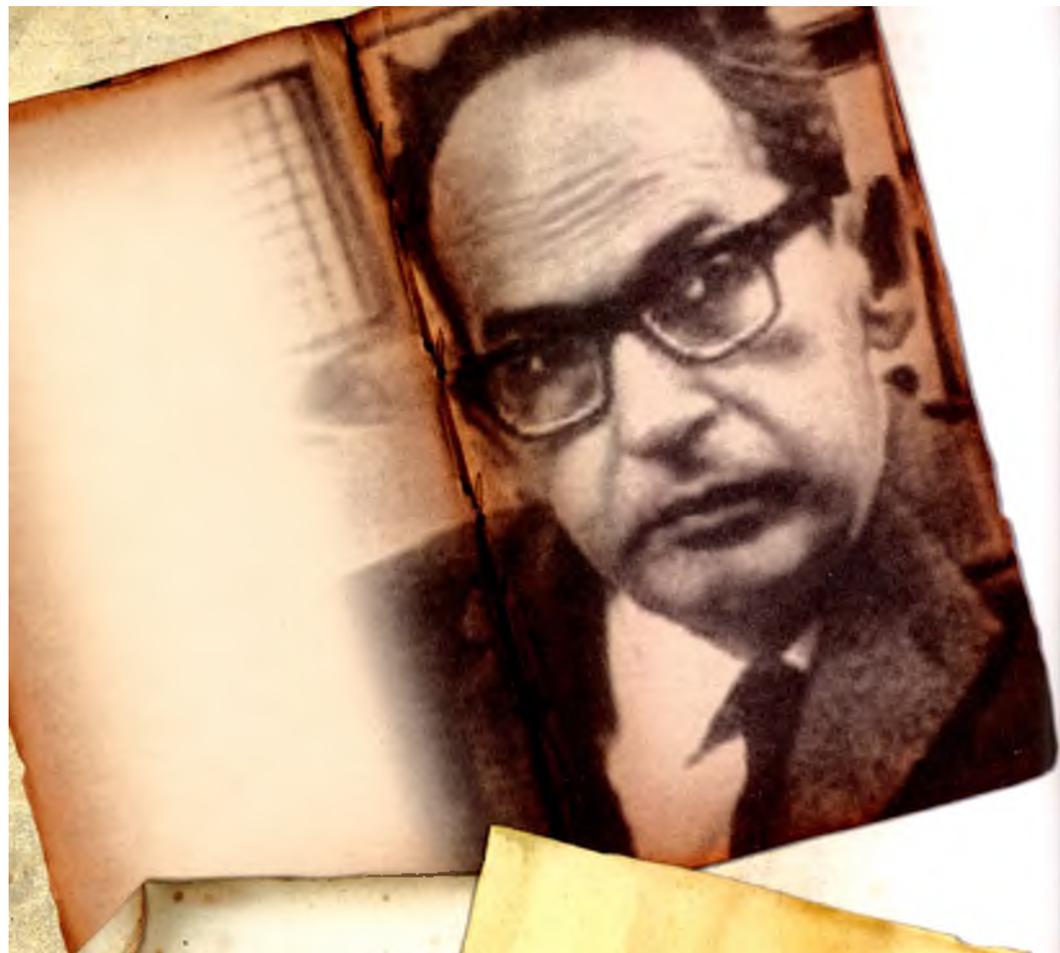
Gomes, Miguel (2004). "Ifigenia, de Teresa de la Parra: dictadura, poéticas y parodias". En *Acta Literaria*, N° 29: 47-67. Universidad de Concepción, Chile.

Palacios, María Fernanda (2003). *El movimiento del grabado en Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Palacios, María Fernanda (2005). *Teresa de la Parra*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana / El Nacional / Fundación Bancaribe.

Parra, Teresa de la (1982). *Obra*. Caracas: Fundación Ayacucho.

Parra, Teresa de la (1992). *Obra escogida*. Caracas: Monte Ávila, vol. 2.



Guillermo Meneses, el mejor de los caraqueños

Francisco Javier Pérez

Aunque se trate de una exageración, quiero decir que Guillermo Meneses fue el mejor de los caraqueños. La hipérbole encantadora me va a permitir comenzar la aproximación a este grande de nuestra literatura contemporánea desde la parcela caraqueña y de caraqueño que tanto ocupó sus días y sus sueños, y, más aún, me dará pie para reflexionar sobre la postergación (y casi quería decir “proscripción”) de su figura de ciudadano estelar y ejemplar, y sobre la postergación (y casi quería decir “inadvertencia”) de lo que su escritura aportó en pensamiento y forma.

Pero cómo no afirmar rotundamente que Guillermo Meneses fue el mejor de los caraqueños (en todo caso, una calificación compartida con muchos otros del ayer y del hoy), cuando alcanzó a escribir estas palabras sobre su ciudad natal:

Caracas es un hermoso sitio de la tierra, un hermoso sitio para la vida y para el hombre. Lo he escrito una y mil veces. Hasta he llegado a imaginarme y a decir que el caraqueño es un hombre de montaña que lleva adentro el sueño permanente del mar. Y un hombre así posee condiciones de excepción en el mundo. Es, en cierto sentido, completo en sus contradicciones:

montañés de bruma y horizonte de cerros verdes, pero también costeño que siente el mar como una ansiedad infinita.

La cita queda grabada en las primeras páginas de un libro de páginas de primera: *Caracas en la novela venezolana*, que Meneses publicara en 1966, en las prensas de la Fundación Eugenio Mendoza, y en él quiero sustentar todas mis reflexiones sobre este escritor caraqueño de inobjetable pasión hacia su ciudad¹.

El motivo que Meneses se propone en este hermoso libro es celebrar a Caracas suscribiendo las visiones que sobre la ciudad tuvieron nuestros más reconocidos novelistas, narradores de todo tiempo y de múltiple estirpe. El libro, además, es el resultado de una triple conjunción que se reúne en Meneses como si formara un triángulo de lados perfectos y cuyos nombres serían la novela, la ciudad y la crónica. El libro, sobre estas bases, crece como una de las compilaciones más amorosas sobre la literatura de una ciudad que ha sido permanente motivo de escritura amorosa. Especie única en formato y estructura, pues el compilador escoge los fragmentos representativos para lograr el dibujo de la ciudad, desde los tiempos de Romero García y Miguel Eduardo Pardo hasta los de Antonia Palacios y Salvador Garmendia, y, apenas, le ofrece a cada uno escuetas notas prologales, como si quisiera decirnos que huelgan otros comentarios críticos ante los paisajes iluminadores de la novelística criolla. Busca que la ciudad permita su propio dibujo y que la crónica sea sólo repertorio de las mejores genealogías caraqueñas de la escritura.

Caracas en la novela venezolana, libro paternal, gestará la escritura del *Libro de Caracas*, su vástago literario, escrito en paralelo con el anterior, ahora dedicado a contar la historia general de la ciudad; fal-

¹ Todas las referencias de este ensayo están tomadas de este libro. Se ha colocado al final de cada una, entre paréntesis, la página o páginas en donde se encuentran

sos y verdaderos movimientos, espejos y disfraces en los que Caracas se hace personaje principal de sus verdades y ficciones, tema tan caro a la escritura de Meneses, virtuosamente arlequinésca y felizmente falsaria, en donde la literatura se hace motivo de la propia literatura (Caracas hecha "novela" y hecha "libro", como los mejores productos literarios), aportándole sus más nobles materiales y sus páginas más deliciosas y perdurables. Serán las fechas de edición de estas dos obras, en hermandad con la del mayor reconocimiento otorgado al escritor por la ciudad, las que pauten la crónica de este amor desmesurado en la biografía del mejor de los caraqueños. 1965: nombramiento como cronista de la ciudad; 1966: publicación de *Caracas en la novela venezolana*; y 1967: publicación del *Libro de Caracas*. Como los regalos buenos de un hijo agradecido, el ahora escritor-cronista anuncia rotundamente la novela de la ciudad en las páginas de estos dos libros.

Sin embargo, no es posible olvidar que todos estos acontecimientos literarios ocurren en fechas muy marcadas para la ciudad y para la vida del escritor. Son los días de la celebración cuatricentenaria de Caracas y Meneses está allí como el más privilegiado de los hijos de la ciudad (había nacido en ella el año 1911; casi a punto de cumplirse uno de los episodios más infelices de su historia: la Gripe Española, que la azota y desola el literario año de 1918²). Serán los desventurados días del terremoto del 29 de julio de 1967, la última de las grandes devastaciones humanas vividas en Caracas debida a movimientos de tierra (el deslave ocurrido en el estado Vargas, en 1999, fue otra cosa), y Meneses estará allí como hijo sufridor de la ciudad, cargando el temblor interior de una hemiplejía que sufrirá ese mismo año y que lo disminuirá ya para siempre (va a morir en 1978, tras una larga década de agonía y retiro y una vida

² En *Caracas en la novela venezolana*, Meneses deja un comentario sobre la desgracia del año 18 y los temores manifestados en forma de chiste que generó la aniquiladora enfermedad: "La peste de 1918 conmovió profundamente a la ciudad. Fue (los novelistas nos lo dicen) una sensación de desespero e inseguridad para la cual apenas existía el escaso remedio del chiste" (p. 142).

de “incertidumbre y abandono” –como José Balza la sentencia–, dejando sus obras maestras acabadas: *El falso cuaderno de Narciso Espejo*, *La misa de arlequín* y *La mano junto al muro*; y entendiendo su destino de dios olvidado: “así pudo decirse Meneses durante la última década de su vida: porque sus novelas (...) definían desde mucho antes la crueldad de ese dios que determinaría un destino de soledad y de dolor para el hombre, para el novelista. Un dios olvidado por el propio Meneses, que determinó su conducta día tras día, al final. Y en aquel dios, el escepticismo era fulminante. Pero como ocurre con todo gran creador, al anticipar su escepticismo en la literatura, estaba adelantándose también a algunos rasgos de su dolor futuro”³. Son magníficas palabras de Balza, que no podía dejar de recordar)⁴.

Pero, mejor, alejémonos de sus abandonos e incertidumbres biográficas y hagamos de su escritura refugio recuperador del trazado del escritor inobjetable, el mejor de los caraqueños, gracias a las páginas de su caraqueño libro literario: *Caracas en la novela venezolana*; y a las de su caraqueño libro histórico: *Libro de Caracas* (qué adelantada necesidad de titular a los libros como “libros”, a los cuadernos como “cuadernos”, a los poemas como “poemas” y a la ficción como “ficciones”, como quisieron muchos antiguos autores y muchos modernos; v.g. *El libro de Alexandre*, de la tradición española, y las *Ficciones*, de Jorge Luis Borges, fervoroso escritor de ciudades).

3 Balza, José. “Meneses: dos textos”. En *Obras selectas. Ensayos. Fulgor de Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 2001, p. 294.

4 Aunque nunca llegué a conocer personalmente a Meneses, su nombre y presencia fueron muy constantes en mi casa durante mis años de lector adolescente y preuniversitario, por los comentarios de mi padre, persistente lector y consecuente seguidor de las páginas de cultura que dirigía Sofía Ímber, por aquel entonces, en el diario *El Universal*. Mi padre refería las desdichas del escritor enfermo y los triunfos de sus últimos tiempos. Recuerdo, además, la fecha en que murió Meneses y que, con grande pesar, anoté en la ficha que le correspondía con sobrados méritos en el *Diccionario de literatura venezolana*, publicado por la Universidad de Los Andes. A una distancia de treinta años, ocurren estas notas de veneración hacia su figura de memorable caraqueño.

Caracas en la novela venezolana gesta las reflexiones caraqueñas más afortunadas escritas por Meneses. Siguen ellas un destino histórico y, especialmente, cumplen otro de perdurable filosofía ciudadana. Tópico y temático, Meneses va a reafirmar los mejores momentos en la vida de Caracas en los mejores momentos de su vida literaria. Y estas reafirmaciones estarán conducidas por los latidos de su corazón caraqueño, que sabe de momentos cruciales de vida y literatura, impostergables para ofrecer el panorama de las maravillas. Entre otros, hay uno en el que insistirá, obsesivo, y que tomará como la mayor bandera de su hermenéutica de amores y pasiones: la idea del hombre de montaña que sueña con el mar. Junto a la vieja pintura de Fritz Melbye sobre *El camino de Maiquetía* (1853), Meneses nos habla de Macuto como barrio caraqueño:

No podemos dejar de establecer que Macuto es, en muchos sentidos, algo semejante a un barrio de Caracas. Podríamos colocarnos en plano histórico para señalar que, desde el comienzo, el habitante de Caracas ha sido montañés con sueños de hombre de la costa. Los primeros caraqueños vivían —como los de ahora— en ambos lados de la montaña, con su balcón de Caraballeda, con su poza de La Guaira. Y después —a lo largo de los tiempos— siempre está unida la vida a casos y seres costeros. El mar atrae como una certidumbre que hemos llevado siempre (p. 151).

Estoy convencido de que su sabiduría de caraqueño lo hubiera llevado a oponerse a la creación del estado Vargas, que no sólo fracturó el territorio del extinto Distrito Federal, gesto manipulado de una innecesaria disposición gubernamental, sino que partió en dos la naturaleza binaria de la ciudad montañosa y marítima.

Para Meneses, como para los escritores de Caracas y para los caraqueños de todo tiempo, va a ser el Ávila el motivo emblemático que carga a la ciudad de enigmas y esperanzas, el que les ofrece claves

estéticas para la subsistencia y el que les permite vivir de los sueños que parecen imposibles de ser alcanzados. Refugio y destino espirituales, la ciudad existe en la medida en que la montaña la condiciona y la inventa bajo su signo. Santiago Key Ayala, otro nombre infaltable en el Panteón literario caraqueño, deja asentada esta verdad cuando escribe en su libro *Bajo el signo del Ávila*⁵, como si anunciara o signara a su vez el intento de Meneses: “Poseo tres devociones, nacidas en mi niñez, y a las cuales he sido fiel por el resto de mi vida. Son: el Océano, la prensa de imprimir y el Ávila: el Ávila visto desde el valle de Caracas, sentido, admirado, amado desde Caracas. Son devociones sustraídas a la denuncia del tiempo y a la oxidación del desencanto”. Menesiano, Key Ayala entenderá el poder que ejerce la montaña en la vida de la ciudad y en la gestión literaria que promueve: “Nacidos del Ávila, a él vuelven. Bajo el signo del Ávila nacieron, y con tal signo triunfaron. Sea el signo del Ávila, todavía por siglos, nuestro signo. Duermen aún cabe el corazón del monte egregio, energías vírgenes insospechadas. Él es el grande”.

La lectura caraqueña que Meneses hace, valiéndose de fragmentos literarios que parecen más obra suya que la de sus propios autores, va a moldear una de las imágenes sobre la ciudad más ganadas por la verdad y en donde las cuotas nostálgicas y las cuitas por las ausencias de lo perdido van a dialogar con el retrato de una urbe que se hace historia viva y que busca respuestas para comprender la biografía de agonías que le toca: una paradoja permanente entre belleza y miseria. Para Meneses, la “geografía resulta bastante más fácil que la historia”, un principio que muy pocos estudiosos sostendrían hoy, pero que al escritor y segundo cronista de Caracas (a quien cupo el honor de sustituir en este cargo a Enrique Bernardo Núñez, un valenciano que amó a Caracas más que cualquier caraqueño y del que Meneses recibe influencia fructificadora), afectado por el poder de la historia, le servirá para encaminar su exploración por

⁵ *Bajo el signo del Ávila (Loanzas críticas)*. Caracas: Editorial Ávila Gráfica, 1949, p. 7

el tránsito de una ciudad que cambia siempre, le servirá para acercarse a una comprensión de una ciudad que se demuele y reconstruye permanentemente; ciudad una y múltiple, aquí y nunca más, por la acción de la devastación telúrica y humana y por la erosión de la dolorosa pandemia del espíritu que siempre la acecha para devorarla. He aquí su teoría literaria sobre la historia memorialista de una metrópoli en debate con la fuerza de los recuerdos:

A través de las novelas se va estableciendo una secuencia de misterio. No se trata exactamente de la historia; a veces lo que se mira es el desfile de los recuerdos. Y ya se sabe que no es lo mismo. Lo que se recuerda está vivo todavía de alguna manera; por el contrario, la historia ya parece en cierta manera fría e inventada.

A través de la novela podemos lograr enfrentar distintos recuerdos, como espejos dispares que reflejen las mismas cosas rozadas por el tiempo en diversa manera. Podemos ver las calles de Caracas. ¿Cómo las van diciendo Pardo, Díaz Rodríguez, Pío Gil, Blanco Fombona, Gallegos? Nadie podría decir que es la misma calle la que caminan los personajes de "Estación de máscaras" y la que pisan los adolescentes que describe Salvador Garmendia; a distancia (supongámoslo así) de veinte años de historia el rostro de la ciudad va cambiando. Los novelistas nos lo dicen. (p. 17)

Complacido por la pervivencia de lo cambiante, irá haciendo recuento de los símbolos de la ciudad borrados o transformados, enmascarados o con reflejos difusos. Convencido en los aciertos de la mirada literaria, piensa la ciudad desde la literatura, como si quisiera decir que es a los escritores a los que ella pertenece y que son los escritores los que mejor pueden ofrecer los rostros que ella solapa en sus ocultamientos y los

que ofrecen las heridas que exhibe en cada una de sus depresiones. Confidencias de la psiquis lacerada de una ciudad solazada luctuosamente en sus pérdidas.

La inteligencia de Meneses y el compromiso con la lectura de su tiempo literario, ciudadano y venezolano, hará que junto a la visión angélica y melancólica de la ciudad, oriente el libro antológico hacia los temas duros, y que fragüe en ellos las desdichas y miserias que la ciudad misma y sus hombres han tenido que vivir. Así, en paralelo con los emblemas físicos y espirituales (entre otros, la Catedral, la Plaza Bolívar, la Universidad⁶, el Teatro Municipal, Santa Capilla, El Calvario⁷,

6 "Uno de los sitios sobre los cuales se dirige la atención de los novelistas venezolanos es la universidad. Es más que natural. De la universidad han salido en gran parte los más valiosos e ilustres representantes del pensamiento, los dirigentes más honestos y eficaces. Queda dentro de la novelística venezolana aquella malhadada y rencorosa expresión de Gallegos cuando la llama 'casa de los segundones', como si la universidad tuviese culpa de la actitud de alguno de sus malos doctores" (p. 94). La crítica galleguiana en este aspecto no hace sino asentar evoluciones en el modo de pensar y de entender el crecimiento de la ciudad y del país.

7 "Hay coincidencias llamativas en algunas novelas venezolanas. La voluntad de llevar los personajes a El Calvario. Nos encontramos con esa colina arreglada como jardín por Guzmán Blanco en varias novelas a distancia de varios años. En *El hombre de hierro*, en *Ídolos rotos*, en *Reinaldo Solar*, en *Fiebre de Otero Silva*, en *Día de ceniza* de Salvador Gardmendia" (p. 98). Sobre El Calvario hará alarde de crónica y literatura y, especialmente, pormenor sociohistórico en torno a Caracas: "El gusto por el paseo de El Calvario persiste largo tiempo (...). Pero es lo cierto que El Calvario se ha ido haciendo sitio difícil para el caraqueño entre otras evidentiísimas razones por el desplazamiento de la población hacia el Este. Además hubo siempre lo que significaban las callejas de vicios adyacentes a la colina. Claro que no deja de tener encanto ese parque tanto de las épocas de abandono —cuando se hace polvoriento y triston— como en los momentos en los que se ha querido adornar especialmente sus terrazas y glorietas. Sin duda va resultando un tanto incómodo y como fuera de las rutas más normales del hombre de Caracas (...). Se dice abundantemente en la prensa que El Calvario se ha hecho sitio peligroso donde hasta el crimen es acontecimiento rutinario. Es posible. En todo caso no forma parte hoy de la actividad corriente de la ciudad y los novelistas, como los demás caraqueños, lo tienen olvidado" (p. 101).

El Paraíso⁸, el Hipódromo⁹, el Ferrocarril) y con los estandartes de las sensibilidades¹⁰, van a hacer su entrada, llevados por asuntos novelísticos en torno a la elaboración de la ficción (en los que Meneses se va a fijar, tales como las caricaturas de la fábula y los sentimentalismos tardorrománticos), un conjunto de exploraciones sociopolíticas. Así, la política y la vida social de toda jerarquía serán motivo del retrato fidedigno que el escritor pretende de la polis avileña, una estilística de la crónica que no teme contar lo decadente y repugnante¹¹, en desventaja frente a la

8 Atento a los cambios ciudadanos, entiende la significación que tuvo este asentamiento capitalino, nacido como aristocrático alejamiento del bullicio y comercio del centro de la ciudad: "Uno de los barrios que adquirió con mayor rapidez aspecto de lujo y distinción fue el de El Paraíso. Tal vez el habitante de la Caracas actual no llegue a imaginarse la serenidad de las calles sombrías, solitarias. Caracas ha echado sobre El Paraíso una serie de avenidas que han destruido la tranquilidad de hace unos años. Pocaterra —quien era hombre de sociedad y caballero de lujosas amistades— es uno de los que describe el barrio entonces aristocrático, rico, apartado de todo roce con el bullicio del centro. Cualquier caraqueño de edad madura puede recordar lo que podría llamarse 'asco por el comercio' en los vecinos de El Paraíso. A pesar de que sus habitantes eran hombres de negocio, profesionales, comerciantes (acaso por esa razón misma) El Paraíso no tenía casas de comercio y las cocineras —incluidas aquellas martiniqueñas de anchas faldas y enaguas de tiras bordadas— hacían viaje en tranvía o en coche con sus enormes cestas para comprar en el lejano Mercado Principal de San Jacinto" (p. 106).

9 En este caso, Meneses señala el elemento misero de los entretenimientos de la metrópoli en modernización, nunca ajena a sus altibajos: "La novela venezolana pasa por el hipódromo en las diversas maneras que señala la actividad de las carreras: describe el espectáculo mundano, los trajes elegantes, la comedia de la vanidad y de la coquetería y también ese lado sórdido de las apuestas, donde no hay siquiera la pasión del jugador relacionada con el triunfo sino la simple sensación del riesgo que logra una ganancia o quiebra sus ilusiones" (p. 115).

10 *El hombre de hierro*, de Rufino Blanco Fombona, le será novela muy benéfica a Meneses para entender muchos de los tópicos caracterizadores de Caracas. La relación del personaje con el interior de las casas, motivo de una ciudad intimista que pautó el tono y ofrece textura a lo mejor de la vida, siempre a riesgo de perderse en cualquier momento: "En un momento, Blanco Fombona dice la intimidad del caraqueño, su vida dentro de la casa, su relación de patios, habitaciones y jardines. La figura de Crispín podría ser trasladada a los recuerdos de hace cuarenta años. Es una manera de ser evidentemente pueblerina donde la comodidad toma carácter bonachón y desordenado. Se podría decir que Crispín ante la ventana de su cuarto define toda una manera de ser y de vivir" (p. 130). Este último rasgo resulta gesto flaubertiano; un recuerdo de uno de los protagonistas de *La primera educación sentimental* que, sin moverse de su habitación, recorre el mundo gracias a la literatura, como casi siempre vivió el propio novelista francés.

11 Las palabras que quiere para el Manuel Díaz Rodríguez de *Ídolos rotos* podrían servir para caracterizarlo a él mismo: "Y la ciudad de Caracas no ya en el enorme fresco sino en la minuciosa descripción. Se la sabía de memoria Díaz Rodríguez y no tenía escrúpulos para decir lo que en ella encontraba poco hermoso" (p. 51).

faz lustrosa de la estampa turística. Su verdad es la literatura y la verdad de la literatura es siempre amarga y cruenta.

A continuación, el repertorio.

Nota sobre el adulterio y la prostitución:

El acontecimiento esencial de la novela venezolana y caraqueña es durante mucho tiempo el adulterio. El adulterio de la mujer, para ser más exactos. Bien podemos suponer que la vida ha dejado ejemplos suficientes, pero igualmente cierto parece que la literatura universal ofreció toda una gama de apasionados matices en eso que se llamó relación de pecado./ En más recientes novelas caraqueñas el pecado carece de atractivo y el tono cercano a la pasión desaforada y terrible adquiere formas menos dramáticas y exquisitas. La prostitución –pongamos por ejemplo– toma en paz natural sitio de las inquietas aventuras, en las que una mujer casada es todo un mundo lírico y oscuro de desorden y rebeldía.

Nota sobre el cabaret:

El cabaret (y la figura pintoresca y misteriosa del cabaretero) pueden recordar muy exactos retratos de la Caracas nocturna (p. 85).

Nota sobre la política:

Lo que es siempre salsa inevitable es la política. No hay duda. Los novelistas venezolanos son políticos. Lo han sido todos o casi todos en la verdad de sus vidas. Funcionarios de importancia, ministros, embajadores. (Gallegos llegó a la presidencia). Pero aun los que podemos ver como ciudadanos extraños a la política activa, han establecido una relación

definida y permanente con los acontecimientos que forman la vida política (p. 163).

Nota sobre los políticos:

Es evidentísimo –y la novela nos ofrece abundantes ejemplos– que la política en Venezuela ha sido áspero y cruel ejercicio. Los primeros novelistas presentan a sus personajes como víctimas inocentes de la canallada de seres más o menos estúpidos (p. 163).

Nota sobre los saraos:

Las fiestas, bailes y saraos han tenido amplio sitio entre los novelistas. Son utilizados para sarcásticas disquisiciones sobre la vanidad, la coquetería, la lujosa desnudez de las mujeres. Hay en esos novelistas la idea permanente de señalar rústicas maneras y desordenadas faltas de educación entre mozalbetes y petimetres. El alcohol se coloca como principal causante de tropelías caricaturescas (p. 201).

Nota sobre los actores humanos:

Es evidentísimo que las reuniones sociales sirven para que el sarcasmo se agudice con especial intención maléfica. La oportunidad de la especial exhibición de los seres humanos sirve para criticarlos abundantemente y se señala entonces la falsa elegancia, la torpeza cubierta de sedas, la ridícula pretensión de ser un personaje brillante, destruida con frecuencia por la inhabilidad resultante de las costumbres inadecuadas (p. 201).

Nota sobre la comedia social:

Los novelistas insisten en estas pobres comedias de la sociedad caraqueña. Les divierte esa ostentación de payasadas que suelen

terminar con el estrépito de un vaso roto, de una caída, de un traspies, de una impertinencia (p. 201).

El retrato caraqueño que se ha impuesto, en suma, reúne con sobrada inteligencia las luces y las sombras de la ciudad sin evadir uno de los aspectos más espinosos sobre la significación que ella tiene en el concierto discordante del país todo, un dibujo de complejo delineado. Sin suscribir expresamente la idea de que el país danza al aire de los acordes nobles o tortuosos de la capital central y centralista, Meneses tendrá que sustentar el principio en correspondencia con la realidad nacional. Invo-ca, aquí y en muchos otros lugares, la obra de José Rafael Pocaterra, otro interiorano transterrado que viene a Caracas a evaluarla y a criticarla con lágrimas en los ojos (como quizá hayan hecho los más grandes caraqueños, desde Rodríguez, Bello, Bolívar, Toro y Juan Vicente González hasta el mismísimo ayer del maestro Calcaño y de Aquiles Nazoa, autores de dos de los libros más entrañables sobre Caracas: *La ciudad y su música*, del primero y, del segundo de ellos, *Caracas física y espiritual*).

Meneses, entonces, pinta la estampa de la vida caraqueña como vida nacional vuelta en contra del autor de *La casa de los Ávila*, libro caraqueño, y del ergastulario *Memorias de un venezolano de la decadencia*, libro nacional: "Hablar de ello supondría añadir a la relación de Caracas con la novela otra relación dramática: la de las vueltas de la vida que la ciudad produce contra el novelista y su novela. Y eso no es una estampa de Caracas, sino la realidad de Venezuela en sus escritores" (p. 75).

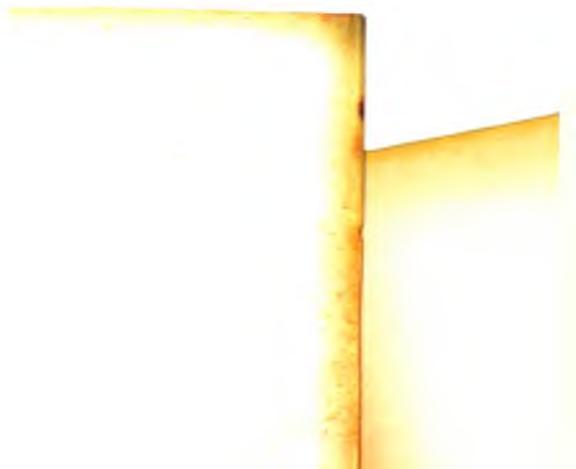
Este es Meneses, pues, el mejor de los caraqueños, amoroso y razonador, que muestra la ciudad que es, siempre una ciudad de pérdidas que obliga a los mejores deseos (como, apenas, reconfirma Federico Vegas en un libro publicado este mismo año, *La ciudad y el deseo*, para verla no como la ciudad que es y se desea, sino como la ciudad que se desea porque no es). En estas ideas se anida lo mejor del Meneses caraqueño, el mejor de ellos, que creía que la ciudad que se iba y que para nosotros ya

casi no existe, era “un hermoso sitio de la tierra”, un sitio hermoso para que fructificaran la vida del hombre y la vida toda de los hombres.

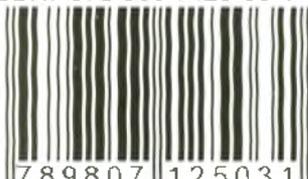
He aquí, al mejor de los caraqueños: Juan de Caracas y José de Las Gradillas fueron sus disfraces; Guillermo Meneses fue su nombre. O, al menos, así parece.

Fundación
BANCARIBE 

J-20439649-6



ISBN: 978-960-7125-03-1



9 789807 125031

Fundación
BANCARIBE 

J-29439649-6

